

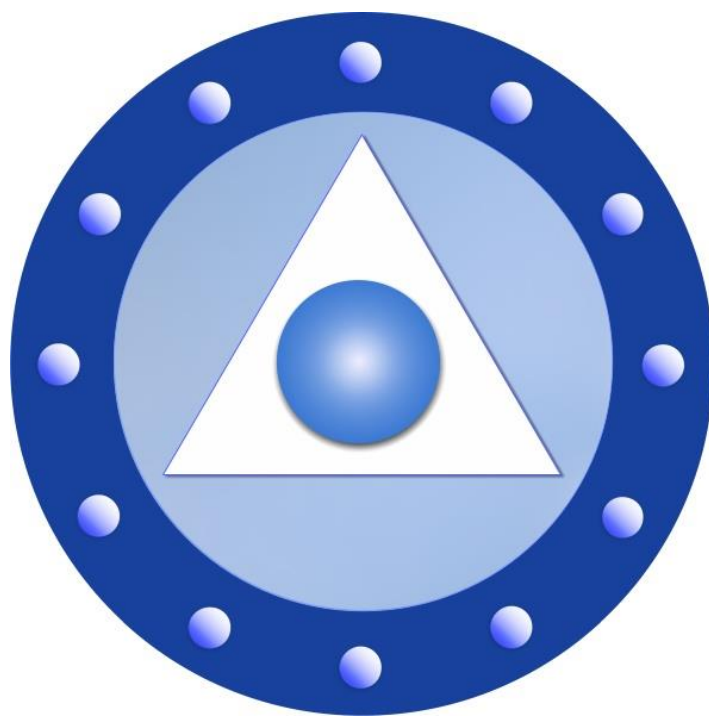
PUENTE — HACIA — UNA NUEVA DIMENSIÓN — DEL — PENSAMIENTO

EXPLORANDO CONCIENCIAS,
CONECTANDO POSIBILIDADES



TSEYOR CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOCULTURALES
UNIVERSIDAD TSEYOR DE GRANADA (UTG)
ONG MUNDO ARMÓNICO TSEYOR

PUENTE HACIA UNA NUEVA DIMENSIÓN DEL PENSAMIENTO



MONOGRAFÍAS DEL GRUPO TSEYOR

PUENTE HACIA UNA NUEVA DIMENSIÓN DEL PENSAMIENTO

Septiembre 2026

Se autoriza la libre divulgación de la obra, siempre y cuando no se modifique en absoluto su contenido y portada, y se cite expresamente al Grupo Tseyor como fuente o procedencia.

La presente edición digital es gratuita.

TSEYOR Centro de Estudios Socioculturales

Barcelona (España)

Asociación Cultural sin ánimo de lucro número 26478

Código de Identificación: G62991112

UTG. Universidad Tseyor de Granada

Granada-España

www.tseyor.org

Portada: Diseño Puente.



ÍNDICE

Introducción.....	6
1. Un 10 de enero de 1947.....	7
2. Con cinco y siete años.....	9
3. El verano que cambió mi vida.....	10
4. La preparación.....	12
5. El recuerdo de mi nacimiento.....	14
6. La retroalimentación.....	16
7. La convocatoria ovni del verano de 1979.....	17
8. La rueda de colores. La llamada.....	20
9. El miedo de Puente.....	22
10. Una lágrima en el vacío en San Lorenzo.....	23
11. Una amistad inesperadamente efímera.....	25
12. Una presencia en el camino.....	27
13. La luz del 4 de noviembre.....	28
14. La vuelta a casa por Navidad.....	31
15. Antes de partir.....	36
16. Relato experiencia de campo con Alux-Pen del año 2000.....	38
17. Memoria y orígenes del Grupo Tseyor.....	42
18. Agradecimiento doble con experiencia en Montserrat.....	45
19. La llamada en la noche.....	49
20. Una abducción en grupo.....	53
21. La fuerza de la fe.....	55
22. Recuerdo de las primeras experiencias con Seiph.....	57
23. Una mirada al futuro.....	58
24. A mis queridos escépticos del año 1978.....	63
25. No juzgar.....	66
26. El círculo de fuego.....	67
27. Sincronía en Montserrat.....	69
28. Las tres sincronías de Vallvidrera.....	72
29. La piedra energetizada.....	73
30. Lacasta, en la búsqueda del pueblo Tseyor.....	75
31. La práctica artística, la libélula y el lenguaje de los símbolos....	77
32. La evolución del contacto extraterrestre en Tseyor.....	80
33. 2 horas, 35 minutos y 40 segundos.....	81
34. Portal interdimensional en el Muulasterio La Libélula.....	84
35. El dibujo premonitorio de las islas de Mazatlán.....	87

36. Sincronía del planeta Agguniom con La Araucanía-Chile.....	89
37. El espejo no engaña.....	91
38. 1984 – 2026.....	92

Introducción

Cierto, somos canalizadores de la energía y de nuestra propia consciencia.

También hay personas que han nacido con el propósito de establecer una relación fluida entre ambos mundos.

Es el caso de nuestro Chac Mool Puente, su propio linaje familiar y estelar lo abocaba a ello. Pero tuvo que descubrirlo por sí mismo y estar atento a las sincronías que lo llamaban a esa tarea, aceptada de antemano.

Para él formó parte de su autodescubrimiento, pues las circunstancias de su vida lo encaminaban en otra dirección.

Resulta muy interesante, jugoso y aleccionador el relato que nos hace de sus experiencias, pues en él nos vemos reflejados todos los que sentimos que no somos de este mundo.

En esta historia están presentes, de forma sucinta, muchas vivencias en las que Puente se fue encontrando consigo mismo, hay muchas más que esperan ser rescatadas de la memoria.

De esta forma nos revela que no estamos solos, que hermanos del cosmos nos acompañan y tutelan, pero al mismo tiempo nos dejan actuar y ser nosotros mismos los protagonistas de nuestra existencia.

No siempre acertamos en nuestras decisiones, pero “de sabios es rectificar”, y Puente ha sido y es un auténtico sabio en ello.

Su misión era grupal, formar parte de un grupo de personas inquietas, que no se conformaban con las explicaciones al uso.

Acompañar su trayectoria ha sido un privilegio para muchos de nosotros y le estamos muy agradecidos por lo que nos aporta, no solo mediante las canalizaciones orales, sino también a través de su obra gráfica, que viene de las estrellas.

Poder transitar este Puente es para nosotros una gran oportunidad y para él un servicio que nos da, sin esperar nada a cambio. Ahora el Puente nos indica la trayectoria futura y nos abre el camino para acceder a una sociedad armónica instalada en la realidad de los mundos.

1. Un 10 de enero de 1947

Todos tenemos un punto de partida. El mío quedó marcado un frío *10 de enero de 1947*, a las ocho y media de la mañana, en el número 33 de una calle cualquiera en una laboriosa ciudad industrial en la provincia de Barcelona. Nací en el seno de una familia humilde, trabajadora y profundamente unida.



No conservaba, hasta años más tarde, recuerdos directos de aquel día, por otra parte lógico; he reconstruido mi propio origen a través de las historias que mis padres repitieron tantas veces que acabaron por fundirse con mi propia memoria. Y de una posterior y más reciente extrapolación mental.

Llegué antes de tiempo: con apenas siete meses de gestación y un kilo y medio de peso. Era un recién nacido tan diminuto y frágil

que la comadrona no se atrevió a hacer promesas. Se limitó a decir que harían todo lo posible por sacarme adelante. Aquella prudencia reflejaba la dura incertidumbre de la época, cuando la vida de un prematuro pendía de un hilo.

Me trasladaron de inmediato a la maternidad y me colocaron en una incubadora. Allí, sin ser consciente de ello, comenzó la primera gran batalla de mi vida.

El médico examinó aquel pequeño cuerpo y pronunció una frase que, con los años, se convertiría en un emblema familiar:

—Si este niño come, porque por lo demás no le falta de nada, saldrá adelante.

No pudo dar un diagnóstico más certero.

Si algo me ha acompañado fielmente desde entonces ha sido el apetito. El hambre nunca me abandonó; fue más bien una fiel compañera de viaje. Quizá mi cuerpo, apresurado por salir, tenía prisa por recuperar el

tiempo que le faltó en el vientre materno; o tal vez, simplemente, nací con un amor natural por la buena mesa.

El ritual del domingo

De niño, los fines de semana tenían un sabor especial. Toda la familia se reunía en casa de mi tía y aquellas comidas eran mucho más que una excusa para sentarse a la mesa: eran un pequeño ritual lleno de risas, sobremesas largas y ese bullicio entrañable que solo existe cuando varias generaciones comparten un mismo techo.

Mi tía preparaba unas paellas de arroz inolvidables. No sé si objetivamente eran las mejores del mundo, pero en el mapa de mis recuerdos no existe ninguna que las supere.

En cuanto los platos llegaban a la mesa, yo era el primero en estirar el mío. Mi tía me servía una ración generosa y, mientras continuaba repartiendo arroz al resto, yo ya me había terminado la mía. Sin decir palabra, volvía a colocar el plato vacío frente a ella. La intención era clara: quería repetir.

Mis primos me miraban entre divertidos e incrédulos:

—¿Pero habéis visto al primo? ¡Cómo come! Se ha terminado el plato y nosotros ni hemos empezado.

Aquellas bromas se repetían un domingo tras otro. Nunca me molestaron; al contrario, con el tiempo comprendí que formaban parte del afecto familiar, de esos pequeños recuerdos que terminan convertidos en historias que todos cuentan y nadie olvida.

La primera victoria

Hoy, no puedo evitar una sonrisa reconfortante por las palabras de aquel médico. Tenía razón. Comí, crecí y dejé atrás un inicio incierto que parecía poner en duda mi futuro.

Aquí estoy, muchos años después, dando forma a estas páginas. Tal vez la vida no sea más que eso: una sucesión de pequeñas victorias invisibles que solo aprendemos a valorar cuando ya pertenecen al pasado. Y la primera de todas empezó aquella mañana de invierno, cuando un niño demasiado pequeño tomó la simple y rotunda decisión de *quedarse*.

2. Con cinco y siete años

Un recuerdo de la Virgen de Montserrat

Cuando tenía cinco años, recuerdo que una vez tuve mucha fiebre. Mi madre se acercó a mi cama y me dijo:

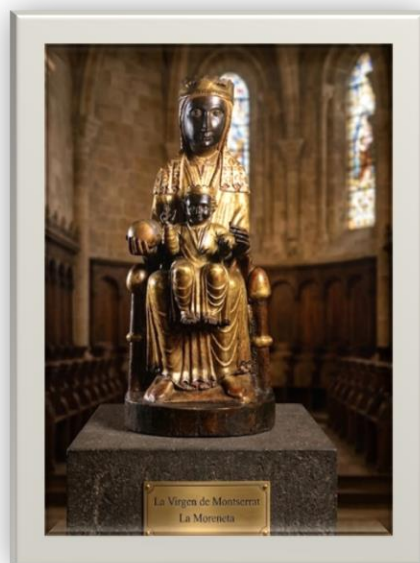
—Mira, tengo que dejarte solo un momento. Voy a la farmacia a ver si me dan algo para que te baje la fiebre.

Me quedé solo en la habitación. En una de las paredes había un cuadro de la Virgen de Montserrat. Instintivamente, me arrodillé ante su imagen y, con la sencillez propia de un niño, le supliqué:

—¡Por favor, Virgencita, quítame la fiebre!

Nada más pronunciar esas palabras, sentí que la fiebre desaparecía. Me levanté de la cama de un salto y comencé a correr por toda la casa, lleno de alegría.

Aquella fue una experiencia que quedó grabada para siempre en mi memoria. Como en tantas otras ocasiones a lo largo de mi vida, siento que la Virgen de Montserrat me ayuda y me acompaña siempre con su amor y protección.



Una primera impresión engañosa

Debía de tener unos siete años. Iba por la calle de la mano de mi madre cuando nos cruzamos con una mujer del barrio, una profesora a la que todos conocíamos como «la maestra». Se detuvo delante de nosotros y, señalándome con el dedo índice, exclamó:

—¡Pero qué niño más guapo! Si parece un Jesús, rubito y con esa cara de niño bueno.

La maestra estaba muy equivocada. De su corazón irradiaba bondad por los cuatro costados, pero no podía imaginar que aquel niño que veía tan mono y con aspecto de no haber roto nunca un plato iba de camino a casa de un vecino por su travesura.

El motivo de nuestro paseo era muy distinto de lo que ella, la maestra, podía suponer. Mi madre me llevaba para que me disculpara, porque su adorado hijo, que era yo, había roto, de un pelotazo y además a propósito, el cristal de una ventana de la casa de aquel vecino.



Tenía, por supuesto, mis motivos. Había asustado con una escoba a mi gatita, porque merodeaba inocentemente por el patio de su casa.

Aquella anécdota me enseñó que las apariencias engañan: una cara de inocencia no siempre refleja el verdadero comportamiento de una persona. Y también aprendí que, aunque uno cometa una travesura, lo correcto es reconocer el error, pedir perdón y asumir las consecuencias de los propios actos.

3. El verano que cambió mi vida

En agosto de 1977, con 30 años, disfrutaba de un domingo soleado en la playa con toda mi familia frente al Mediterráneo. Sin saberlo, aquella mañana perfecta se convertiría en una despedida.



Tras la comida, comencé a sentirme mal. El aire me faltaba, presentía un desvanecimiento inminente y me refugié en el baño, convencido de que me moría. De pronto, experimenté algo inexplicable: me vi flotando junto al techo, contemplando mi propio cuerpo en el suelo. Al comprender que podía estar muerto y repasando mis treinta años de vida, elevé una súplica desesperada: *«No, aún no. Si me dais una oportunidad, cambiaré»*.

En un instante volví a mi cuerpo. Mi familia me llevó de urgencia al Hospital Juan XXIII de Tarragona por un sospechado infarto, pero las pruebas determinaron que mi corazón estaba intacto. Libre de secuelas físicas, supe que mi compromiso interior sí era real: debía cumplir la promesa hecha.

Un nuevo rumbo

A las pocas semanas vendí mis acciones en la gestora en la que trabajaba y abrí despacho profesional propio y así ser más independiente. Una tarde, un comercial de máquinas de oficina se presentó en mi oficina. Después de un rato de conversación sobre sus productos y sin más, me confesó que la noche anterior había hipnotizado a su hermano, quien terminó canalizando a un ser extraterrestre llamado Melinus de Ganímedes, mediante escritura automática.

Intrigado, acepté su invitación para presenciar la siguiente sesión. Aquella misma noche asistí al encuentro, iniciando una etapa fundamental en mi vida espiritual.

El vaticinio

Meses después, mi persona no estaba aún muy decidida a continuar con las sesiones de contacto y Melinus seis meses antes realizó tres predicciones que se cumplirían con exactitud: la fecha y hora de nacimiento de mi hijo Eduard, su sexo, y la confirmación de la compra de una vivienda cuyo dueño se resistía a vender. La precisión de los tres vaticinios disipó las dudas sobre la autenticidad del contacto y unió más al grupo. Celebramos el bautizo de Eduard con mi familia y además con los testigos de aquella predicción.

El compromiso

La noche del 25 de julio de 1978, Melinus contactó conmigo de forma telepática, con una voz clara resonando en mi mente. Tras recordarme el cumplimiento de los vaticinios, me preguntó si aceptaba comprometerme con la Confederación. Sin dudarlo e intuyendo el origen superior de la propuesta, respondí que sí y me puse a su completa disposición para prepararme.

Lo cierto es que ni siquiera sabía qué significaba exactamente aceptar aquel compromiso, pero tuve la clara impresión de que la propuesta procedía de una instancia superior. Todas las dudas que en otro tiempo pude haber tenido sobre la autenticidad de los contactos se habían disipado por completo.

4. La preparación

11 de octubre de 1978

Por encargo expreso de Melinus, inicié los preparativos para pintar un mural en el aula de un colegio de padres carmelitas.

Ese mismo día, Melinus volvió a comunicarse conmigo.

—Vamos a comenzar tu preparación a través del dibujo y la pintura.

No pude evitar mi sorpresa; jamás había pintado en serio ni poseía una destreza especial para el dibujo. Él pareció anticiparse a mis dudas.

—No se trata de convertirte en pintor. La pintura será solo una herramienta para desarrollar en tu mente la imaginación, la creatividad y ciertos aspectos psicológicos de los que necesitarás disponer más adelante.

Aquellas palabras no terminaban de encajar con mi visión del mundo. Procedía de un entorno racional y rutinario donde todo exigía una explicación lógica: dos y dos son cuatro y, solo lo visible y tangible era real para mí. Aquella propuesta me situaba en el extremo opuesto: dejarme llevar por la intuición y permitir que las imágenes surgieran sin control.

A continuación, recibí una referencia muy concreta: debía dirigirme a un colegio de padres carmelitanos y hablar sobre el proyecto pictórico. Era periodo estival y las aulas permanecían vacías, por lo que podría trabajar con total tranquilidad.

El religioso que me atendió era un hombre singular, afable, respetuoso y alegre. Además, sentía una verdadera fascinación por el fenómeno ovni y por todo lo relacionado con el contactismo; cada vez que abordábamos esos temas, su rostro se iluminaba con el entusiasmo de un niño. Cuando le expliqué el motivo de mi visita, sin dudarlo un segundo se ofreció a colaborar en lo que pudiera.

—Si necesitas un lugar para dibujar, aquí lo tienes. Dijo con mucho entusiasmo.

Mientras atravesábamos el claustro, observé unas pequeñas jaulas en las ventanas de las celdas de los monjes.

—¿Para qué son esas jaulas? —pregunté.

—Para los grillos.

La respuesta me dejó desconcertado. Me explicó que, durante las meditaciones nocturnas, el canto del grillo ayudaba a los monjes a entrar en estado de recogimiento. Según una antigua tradición, aquel sonido evocaba la música de las esferas y favorecía la elevación de la conciencia. Pensé para mis adentros que uno nunca termina de aprender.

Llegamos finalmente al aula de mecanografía. Frente a mí se extendía una pared enorme, de unos cinco metros de ancho por tres de alto. Toda para mí.

Pedí una tiza, me subí a una silla y sin pensarlo más comencé a trazar líneas sobre la superficie de la pared. Todavía hoy me resulta imposible explicar lo que ocurrió: mi mano parecía moverse sola. Los trazos surgían con absoluta naturalidad, enlazándose sin mediación del pensamiento. Subía, bajaba y avanzaba en la profusión de líneas. Apenas diez minutos después, la pared verde estaba cubierta por un denso galimatías de trazos blancos.

Mi acompañante contemplaba la escena inmóvil.

—¿Cómo es posible?

Sonreí.

—Si lo supiera exactamente...

Ambos observamos detenidamente el mural. Poco a poco emergieron formas reconocibles: un rostro, una especie de tótem, figuras de culturas ancestrales, una esfera que semejaba la Tierra, la pata de un caballo... Cuanto más mirábamos, más detalles descubríamos.

Aquella experiencia me dejó profundamente impresionado. Entre el desconcierto y la ilusión, comprendí la lección: al desactivar el juicio racional y permitir el flujo libre de la imaginación, afloraban capacidades en mí que desconocía por completo.

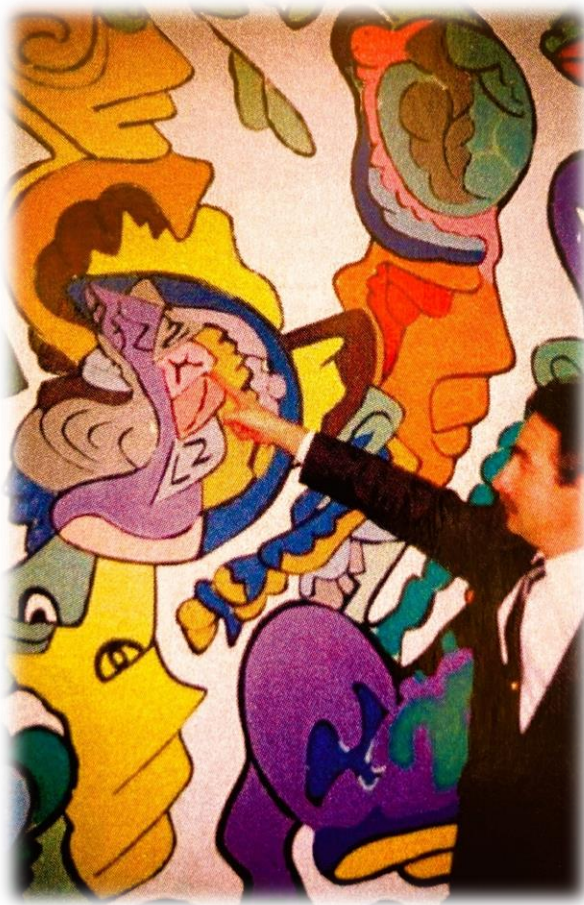
Al día siguiente decidí continuar. Compré varios botes de pintura acrílica *La Pajarita* —azul, verde, rojo, blanco y negro— junto con algunos pinceles, y regresé temprano al colegio. El conserje me saludó con naturalidad al verme entrar:

—Pasa, pasa, ya sabes dónde ir.

Preparé las pinturas y me dispuse a dar color a las figuras nacidas de forma espontánea el día anterior y que parecía estar esperando ese momento.

El mural resultó ser una alegoría de la creación: una conjunción de animales (caballos, serpientes, tortugas), figuras humanas centrales, tótems mesoamericanos y logotipos de distintas civilizaciones con las que estamos hermanados. Entre ellos se encontraba uno que señalé instintivamente, sin saber en aquel entonces que pertenecía al planeta Ummo.

En esos momentos presentí que una parte de mí, hasta entonces desconocida, comenzaba a despertar.



5. El recuerdo de mi nacimiento

Sucedió a mediados de 1978. Apenas llevaba unos meses trabajando con Melinus. Digo «trabajando», porque entonces no podíamos imaginar que aquello fuera una labor espiritual. Para nosotros era un juego: experimentar el contacto extraterrestre y observar sus naves.

Lo que más me descolocaba era la cantidad de sincronías que comenzaron a florecer en nuestro pequeño grupo. Nos reuníamos para canalizar a través de la hipnosis, una técnica que un compañero había aprendido con el profesor Fassman en Barcelona. Otro miembro se ofrecía como canal: sentado, con los ojos cerrados y el bolígrafo en mano, redactaba en un bloc los mensajes de Melinus, un ser procedente de Ganimedes.

Una tarde, mientras reflexionaba en el sofá, me atrapó la duda. ¿Qué estaba pasando? Todo parecía increíble, pero los hechos y las coincidencias

eran tan contundentes que mi mente se debatía entre el escepticismo y la certeza. Sabía que no era simple fantasía.

Sumido en esa cavilación, entré en un estado de profunda interiorización. No estaba dormido, pero tampoco despierto. El murmullo mental se apagó por completo.

Entonces ocurrió.

De pronto me vi orbitando el planeta. No era mi cuerpo físico, sino una chispa pura de mi conciencia. Me sentía inmensamente ligero, libre y dichoso. Daba la vuelta al mundo en cuestión de segundos.



En un instante me detuve sobre Europa. Una fuerza irresistible comenzó a tirar de mí hacia abajo. Vi la península ibérica, luego Barcelona, y la velocidad del descenso se aceleró. Distinguí un cruce de calles, un edificio y el balcón que daba a la habitación situada en el

número 33 de la calle de una laboriosa ciudad industrial, como ya indiqué al principio.

Penetré en la estancia y, de inmediato, escuché la voz de la comadrona:

—Rosa, ya llega... Ya está aquí. Mira, mira...

Así que, vine a este mundo. Nació José —Josep Oriol—, a quien más tarde llamarían Puente.

Muchos años después, le dije a mi madre:

—Mamá, recuerdo el día en que nací.

Ella me miró con extrañeza.

—¿Cómo vas a recordarlo? Nadie recuerda su propio nacimiento.

—Lo sé. Es difícil de explicar, pero algún día lo entenderás.

A continuación, le describí a la comadrona: sus rasgos, su ropa, la disposición exacta de la habitación y detalles del parto en casa que solo

alguien presente podía conocer. Mi madre me escuchaba con el asombro dibujado en el rostro.

—Es exacto... Pero ¿cómo es posible que te acuerdes de todo eso?

Le respondí con una sonrisa de complicidad.

Ella era una vidente reconocida: practicaba la quiromancia, leía las cartas y, con solo mirarte, sabía de qué pie cojeabas. Cuando se refería a sus guías, siempre decía con naturalidad: «Los de arriba me han dicho...». En el fondo, ambos sabíamos que proveníamos del mismo lugar.

6. La retroalimentación

A finales de 1978, tras independizarme de mi primer grupo de contacto, me comunicaba con frecuencia mediante telepatía externa con Melinus. Aquella fantástica ilusión de amistad se iba consolidando.

Mi mente venía del mundo de los números y la lógica, por lo que estas experiencias chocaban frontalmente con mi realidad. Aun así, resultaba imposible ignorarlas. Compaginaba mi trabajo con inquietudes espirituales: asistía a charlas espíritas, encuentros ovni e incluso hice un curso de viaje astral en Barcelona.

En esa búsqueda conocí a un grupo de la India que me invitó a una conferencia en el centro de la ciudad. Anoté la dirección en un papel, lo guardé en el bolsillo y esperé que llegara el día señalado.

El día de la conferencia, salí del trabajo al anochecer, aparqué en Plaza Cataluña y me dirigí al evento. Al buscar la dirección en el bolsillo de mi chaqueta, descubrí con estupor que había perdido la nota. Desconcertado y sin recordar el nombre la calle, eché a andar sin rumbo. Bajé por la Rambla de les Flors hasta que un impulso me hizo girar a la izquierda, adentrándome en el Barrio Gótico. Tras recorrer varias calles, me detuve frente al portal de un regio edificio. En el portal, un cartel anunciaba la conferencia que se iba a celebrar ahí. Había llegado por "casualidad".

Subí al salón media hora antes. Una colaboradora me invitó a pasar a la sala vacía y me acomodé en una butaca. Entonces vi acercarse a un hombre mayor, de caminar ágil, cabello cano y complexión robusta. Transmitía una sabiduría colosal, aunque vestía con sencillez desaliñada: camisa arrugada, corbata dudosamente combinada y una chaqueta pasada de moda. Con todos los asientos vacíos, caminó hacia mí y se sentó a mi derecha.

—Buenas tardes —dijo con una sonrisa—. No creo demasiado en este tipo de actos, pero, si me lo permite, quiero darle algo.

Extrajo un folio doblado del bolsillo interior de su americana.

—Tome. Es para usted. Léalo cuando pueda.

Agradecí el gesto y seguidamente lo guardé en el bolsillo, dirigiendo mi mirada hacia él y sorprendentemente ya no estaba allí conmigo. Había desaparecido. Miré a mi alrededor, desorientado: era físicamente imposible que saliera del salón sin que yo lo viera. La conferencia comenzó, pero mi atención quedó clavada en él. La sala se llenó por completo, pero ya no volví a verlo aquel día.

Al regresar a casa, el papel que me había entregado aquel hombre seguía en mi bolsillo y confirmaba que no había sido imaginación mía. Al desplegarlo, encontré un texto profundamente técnico sobre física cuántica, conceptos complejos, referencias a Einstein y una cita de Palop, nombre desconocido para mí. El documento, mecanografiado y con correcciones a mano, concluía con una palabra que quedó grabada en mi memoria: *Retroalimentación*. Dicho escrito mostraba una profundidad de conocimiento inalcanzable para un principiante como yo.

Aquel misterioso caballero no se limitó a ese encuentro solamente; volvió a aparecer por nuestra casa en alguna otra ocasión.

Una noche, Eduard me miró fijamente y desvió los ojos hacia el sillón vacío. Seguí su mirada. Allí estaba sentado el mismo hombre que conocí en la pasada conferencia, tranquilo, como si fuera de la casa. Mientras lo observábamos de reojo, permanecía allí; pero en cuanto girábamos la cabeza para verlo de frente, desaparecía. Ocurrió en un par de ocasiones más.



Con los años he llegado a mi propia conclusión. Prefiero dejar la respuesta en manos del lector; yo, por mi parte, sé perfectamente a quién tuve sentado a mi lado.

7. La convocatoria ovni del verano de 1979

El verano de 1979 está en mi memoria como una de esas historias en las que la realidad parecía convivir, sin conflicto alguno, con el misterio. Eran

años en los que muchas personas soñaban con establecer contacto con inteligencias procedentes de otros mundos, convencidas de que la humanidad se encontraba al borde de un encuentro trascendental.

Una conocida emisora de radio de Barcelona convocó a todos los interesados a reunirse en un monte de las Costas del Garraf, a unos quince kilómetros de Barcelona y en dirección a Tarragona. El lugar elegido, aislado y elevado sobre el Mediterráneo, parecía reunir las condiciones ideales para una noche cargada de expectativas.

Junto al pequeño grupo con el que compartía inquietudes, en aquella época tutelados por nuestro guía-tutor Melinus, decidimos acudir a la cita.

La noche nos envolvía mientras ascendíamos por un estrecho camino forestal, serpenteante y oscuro. A medida que ganábamos altura, el silencio del bosque se hacía más profundo, hasta que, al llegar a una amplia explanada, vimos decenas de vehículos ya estacionados. Sus faros apagados y las siluetas inmóviles de los coches conferían al lugar el aspecto de un improvisado campamento levantado para esperar un acontecimiento extraordinario.

Los vehículos fueron colocándose en círculo y todos permanecimos en su interior, atentos a las indicaciones que la locutora transmitía desde una emisora portátil instalada en la misma explanada. Eran tiempos en los que los teléfonos móviles todavía pertenecían al terreno de la imaginación, de modo que la radio era el único vínculo entre todos los asistentes.

Mientras esperábamos, el interior de nuestro vehículo se llenó musicalmente con la inolvidable melodía de la banda sonora de *Encuentros en la Tercera Fase*, que la emisora transmitía por radio. Aquellas notas parecían difuminar la frontera entre el cine y la realidad. La música alimentaba la ilusión colectiva y convertía la espera en un momento casi ceremonial.

Finalmente, la locutora anunció que había llegado el instante esperado. En pocos minutos abandonaríamos los coches para formar un gran círculo, unidos de las manos, con el propósito de dirigir un llamamiento a los supuestos visitantes extraterrestres.

Pero, justo cuando se dio la señal para salir, ocurrió algo completamente inesperado.

Del cielo, que minutos antes apenas mostraba algunas nubes dispersas, comenzó a caer repentinamente una lluvia intensa. No fue un simple chaparrón, sino un auténtico aguacero que obligó a todos a

permanecer dentro de los vehículos. Y esperamos pacientemente hasta que cesó de llover.

Cuando íbamos a salir del vehículo nuevamente para hacer la rueda de energía en el centro de la explanada, el mismo fenómeno anterior se repitió y una lluvia torrencial nos frenó.

Cesó en pocos minutos de llover y, cuando nos preparábamos a salir, otra vez lo mismo, llovió intensamente y al poco cesó la lluvia. Era la tercera vez y a la tercera va la vencida.

Aquello ya no parecía una simple coincidencia. Entre los asistentes comenzaron a cruzarse miradas de sorpresa y comentarios en voz baja. Nadie encontraba una explicación convincente para una lluvia intensa y tan perfectamente sincronizada ante nuestros intentos de iniciar la ceremonia.

Mientras tanto, la locutora, completamente empapada, porque no se pudo guarecer del improvisado aguacero, continuaba transmitiendo con admirable serenidad. Su entusiasmo permanecía intacto y, lejos de desanimarse, seguía alentando a todos con una calma que resultaba contagiosa.

Salimos de los vehículos y formamos un gran círculo. Cogidos de las manos, permanecemos unos instantes en silencio, elevando nuestro pensamiento hacia arriba y en espera de alguna respuesta.

No apareció ninguna luz extraordinaria ni ningún objeto que pudiera distinguirse a simple vista. Muchos comenzaron a sentirse decepcionados, convencidos de que la experiencia concluiría sin haber sucedido nada fuera de lo común.

Sin embargo, fue precisamente cuando cerré los ojos que ocurrió algo inesperado.

Ante mí apareció la imagen de una inmensa nave circular suspendida sobre la vertical del círculo que formábamos todos los asistentes. Su tamaño era colosal; ocupaba prácticamente toda la extensión de la explanada. Permanecía completamente inmóvil, envuelta en un silencio absoluto que transmitía una extraña sensación de serenidad y poder.



La visión era tan evidente que tuve la impresión de encontrarme realmente bajo aquella gigantesca estructura.

En ese instante comprendí —o al menos así lo interpreté— que aquella presencia mecánica sobre nosotros había sido la responsable de la insólita lluvia. Pensé que sus ocupantes habían utilizado aquel fenómeno atmosférico como una manera discreta de anunciarse, dejando entrever, además, un curioso y refinado sentido del humor.

Cuando el círculo se disolvió, comenzamos a comentar lo sucedido y las experiencias fueron muy distintas. Algunos afirmaban haber visto con claridad la enorme nave; otros aseguraban no haber percibido absolutamente nada. Cada uno había vivido la misma noche desde una perspectiva diferente, como si el misterio se hubiera manifestado de acuerdo con la sensibilidad de cada persona.

Con el paso de los años he comprendido que las vivencias extraordinarias rara vez ofrecen respuestas definitivas. Más bien dejan preguntas abiertas que acompañan a quien las ha vivido durante toda la vida.

Y, aunque cada asistente conservó una interpretación distinta de aquella noche, todos compartimos la certeza de haber participado en una experiencia que difícilmente podría borrarse de nuestra memoria. Aún hoy, al recordarla, vuelve a mí la misma sensación de expectación, de silencio y de misterio que envolvía aquella explanada del Garraf, donde se hizo posible que el cielo estuviera dispuesto a responder a nuestra llamada.

8. La rueda de colores. La Llamada

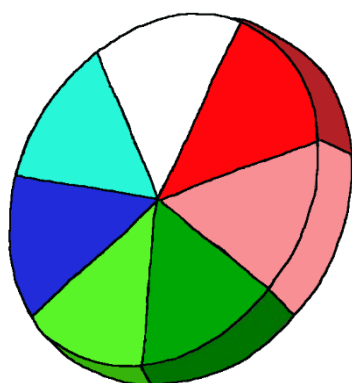
Hay vivencias que aguardan años en silencio antes de revelar su verdadero significado.

En 1980, con treinta y tres años y tras un tiempo en contacto con Melinus de Ganimedes, viví una de ellas. Una noche, mediante extrapolación mental, contemplé una rueda circular dividida en porciones. Cada segmento irradiaba un color de intensidad extraordinaria; no eran exactamente los colores de nuestro mundo físico, sino estados de

conciencia vivos, puros y luminosos. No comprendí su significado, pero tal visión quedaría imborrable en mi memoria.

Poco después ocurrió la sincronía. Escuchaba un programa nocturno de radio en Barcelona conducido por Jorge B., quien afirmaba contactar con inteligencias extraterrestres. Durante una emisión, hizo un anuncio sorprendente: pedía que se comunicaran con él hombres de treinta y tres años y no cumplidos aún los 34 y que hubieran visto en sueños una rueda de colores.

Mi persona cumplía exactamente con cada requisito. Intenté llamar a la emisora sin éxito. El programa dejó de emitirse tras aquel aviso y perdí el rastro del locutor para siempre.



Tuvieron que pasar cuarenta años para comprenderlo. En 2020, durante unas convivencias en Puerto Rico, intentamos plasmar aquella rueda con la mayor fidelidad posible para preservar su vibración energética.

Fue entonces cuando los Hermanos Mayores nos explicaron que la rueda simbolizaba «la llamada». Aquella visión no era una simple imagen: era mi propia llamada, un regalo destinado a compartirse, pues lo que se le concede a uno pertenece al patrimonio espiritual de todos.

La extrapolación mental permite cruzar la frontera del *Ich*, la realidad de los mundos. Imagino esa frontera como una línea horizontal: por debajo, los colores son densos y apagados; por encima, la luz se transforma en vida y transmite una plenitud imposible de describir. Esa franja superior nos muestra nuestro destino natural, mientras que el plano inferior refleja únicamente el nivel vibratorio que aún debemos trabajar.

Ahí radica la verdadera enseñanza de la rueda de colores. En ese tránsito no hay juicio ni imposición, sino afinidad: la conciencia es atraída por resonancia hacia el espacio que le corresponde, tal y como una guitarra con la nota La afina a las demás.

La llamada nunca obliga; solo recuerda quiénes somos y hacia dónde debemos regresar. Si al contemplar la rueda algo se despierta en tu interior, tal vez la llamada ya esté resonando en ti.

9. El miedo de Puente

El 10 de enero de 1982, el día de mi cumpleaños, me hallaba volcado en el dibujo, la pintura y la transcripción en soledad de los comunicados que recibía. En ese silencio, Melinus actuaba como mi maestro invisible, guiando mis pasos y moldeando mi carácter.

Esa noche me habló con claridad: —Vete a la explanada de Montserrat. Habrá un probable avistamiento, pero ten cuidado con las piedras del camino.

Emprendí el ascenso en coche y ya desde Monistrol entre curvas oscuras. Temeroso siempre al pasar junto a un antiguo merendero y que el vehículo se detuviera allí, siendo de noche. En la subida, vi la carretera sembrada de algunas piedras caídas por deslizamiento en las pasadas lluvias y que me impedían el paso. Tuve que retirarlas para poder circular de nuevo y claro, bajándome del automóvil. La advertencia de Melinus con respecto a las piedras en el camino era real y eso reforzó mi confianza.

Alcancé la explanada a medianoche, bajo un cielo estrellado y helado, no había nadie. Esperé. Tras un rato de calma, la voz de Melinus resonó de nuevo: —La prueba no era venir solo aquí, también en prestar atención al camino superando obstáculos, pero la verdadera prueba va a empezar ahora mismo: el miedo es solo un apego, no pertenece a la esencia del ser.

Me indicó continuar hacia el Hotel Bruc y desviarme por un camino forestal de tierra. Los árboles formaban un túnel sombrío y el viento agitaba ramas que mi imaginación convertía en amenazas. Avancé un kilómetro y me detuve con recelo, hasta que me dijo: —Puedes seguir o regresar. La decisión es tuya.



El temor me conquistó. Maniobré el coche y emprendí el regreso a casa.

Durante años pensé en lo que me habría esperado de haber continuado. No fracasé por falta de fe, sino porque aún no había aprendido a dominar

mis propios temores. Aquella noche no encontré un OVNI; encontré el límite de mi valor.

10. Una lágrima en el vacío en San Lorenzo

Conocí a Josep G. A. por primera vez cuando coincidimos en la explanada de Montserrat, durante una de esas reuniones que convocaba Luis José Grífol (EPD) desde hacía años todos los meses —cada día once— y en las que este invocaba la presencia de luces y señales extraterrestres en el cielo.

Por aquel entonces, Josep G. A. era muy joven pero extraordinariamente preparado en temas ufológicos; con el tiempo dirigiría revistas especializadas, escribiría numerosos libros y se convertiría en un referente en televisión. Recuerdo su cercanía con el público: atendía a todo el mundo, aclarando dudas sobre la fenomenología OVNI, las características de las naves y los enigmas del universo con una soltura y rigor impropios de su edad.

Para el día 10 de agosto de 1982, Josep me había invitado, junto a otros amigos suyos, a una excursión en la cima de la montaña de Sant Llorenç del Munt, conocida por La Mola. Allí se alza un antiguo monasterio benedictino muy bien conservado, sin monjes durante años, aunque hasta hace poco se habían ofrecido los servicios de restaurante.

Éramos un grupo reducido, entre cinco o seis personas. El punto de encuentro, a los pies de la montaña en Matadepera-Barcelona, para iniciar el ascenso por la conocida Canal del Mico —«mono» en catalán—, un nombre bien merecido, pues en varios tramos no queda más remedio que trepar a cuatro patas.

Empezamos a subir a media tarde. Josep y sus compañeros pertenecían a un centro de estudios interplanetarios donde investigaban el fenómeno desde una seriedad impecable, lejos del sensacionalismo. Aquella caminata respondía a un motivo muy concreto: según calculaba Josep, había también la posibilidad de que ese día fuera especialmente favorable para avistamientos en el cielo.

Alcanzamos la cima al anochecer. Sobre las once y media, el grupo se apostó en la parte trasera del monasterio. Los vi profundamente concentrados.

—¿Qué vais a hacer? —pregunté.

—Intentar obtener psicofonías. Creemos que aquí pueden registrarse voces. Me contestaron.

Aquella búsqueda no terminaba de atraparme, así que me alejé unos metros para sentarme solo a contemplar la noche. A mi izquierda, la silueta de Montserrat se recortaba bajo la luz de la luna; frente a mí se desplegaba un horizonte montañoso sumido en un silencio absoluto.

Entonces ocurrió.

Desde la dirección de la montaña de Montserrat emergió un diminuto punto de luz blanca. A una velocidad prodigiosa, recorrió los veinte kilómetros que separaban ambas montañas dejando atrás una fina estela o trazo blanco horizontal. Este, en seco, se detuvo ante mí y se transformó en una bella y virtual lágrima plateada. Segundos después, se esfumó en el vacío. Quedé asombrado. Me giré de inmediato hacia el grupo.



—¡Chicos! ¿Habéis visto eso?

—No, es que ahora precisamente estamos centrados en las grabaciones.

—Una luz ha trazado una línea luminosa procedente de Montserrat y se ha

convertido en una lágrima plateada justo aquí mismo delante nuestro, en el cielo.

Nadie más lo vio; el fenómeno requería tener la mirada fija en ese punto exacto en el momento preciso.

Una versión de la historia nos sitúa en una época del Impero Romano en la que el cristianismo estaba condenado. El emperador Valeriano emitió un edicto para capturar a Lorenzo (Llorenç en catalán) y este fue quemado vivo en una parrilla y se convirtió, a la postre, en un mártir. La leyenda cuenta que sus lágrimas, con el fuego, brillaban de un color dorado.

Pero la noche aún guardaba otro desafío. Al emprender el regreso, descubrimos que descender a oscuras era una trampa. Perdimos el sendero repetidamente, llegamos al borde de un precipicio y tuvimos que recular a tientas. Las linternas languidecieron y pronto nos quedamos únicamente con el resplandor de la luna y un cielo desbordante de estrellas. Cerca de

las cuatro de la madrugada, agotados de encadenar errores, Josep tomó la decisión:

—Esperemos a que amanezca.

Nos sentamos al raso. La temperatura era agradable y las horas que siguieron se convirtieron en una auténtica lección de vida. Dialogar con Josep y sus acompañantes e intercambiar ideas en mitad de la penumbra de la montaña, fue un regalo imprevisto. Con las primeras luces del alba encontramos por fin el camino de vuelta a los coches. Regresé salvo a casa, emocionado y con el pecho lleno de una alegría indescriptible.

Con los años entendí que aquella lágrima suspendida en el aire no fue casualidad. Las lágrimas anuncian dolor, pero también revelan luz. Poco después de aquella noche comenzó para mí una etapa destructiva: las estructuras de mi vida se desmoronaron, la estabilidad material desapareció y me enfrenté a años de duras pruebas y transformación interior. Hoy sé que aquella visión fue un aviso simbólico.

Si comparto este recuerdo no es solo por la fascinación del fenómeno o por el afecto hacia la calidad humana de Josep G.B. Lo hago con la esperanza de que a alguien le sirva saber que, a veces, la vida rompe en pedazos lo que creíamos firme para obligarnos a construir algo mucho más profundo desde las ruinas de nuestros propios fracasos.

11. Una amistad inesperadamente efímera

En junio de 1985, durante una conferencia sobre economía de empresa en Barcelona, conocí a Juan R. C. Desde el primer momento nació entre nosotros una afinidad sobre algo que no tenía nada que ver con lo que nos ocupaba aquel día.

Fue durante un descanso y en la cafetería, la conversación derivó hacia los extraterrestres. Le conté que conocía algo ese mundo. Le dije que asistía a las concentraciones en la montaña de Montserrat los días 11 de cada mes —convocadas por Luis José Grífol— e incluso había presenciado naves extraterrestres y que mantenía contacto con ellos. Juan quedó fascinado. Escuchaba con los ojos muy abiertos mientras me formulaba preguntas sin cesar al respecto. Al despedirnos e intercambiar teléfonos, me preguntó con ilusión y no menos curiosidad:

—¿Crees que algún día yo también veré algo así?

—Claro que sí, los verás algún día. —Le respondí de corazón.

Poco después me invitó a cenar a su casa, un ático en Sant Feliu de Llobregat con vista despejada al horizonte. Mientras su esposa preparaba la cena, salimos a la terraza a contemplar el cielo. Por la cercanía con el aeropuerto de El Prat, era habitual por las noches ver luces de aviones. De pronto, un punto luminoso blanco avanzó hacia nosotros.

—Eso será un avión, ¿verdad? —preguntó Juan.

Iba a explicarle que una luz constante suele ser un avión o un satélite, pero, justo al alzar el dedo índice para señalarla, la luz ejecutó una rápida rúbrica plateada en el cielo. Siguió los movimientos de mi mano con absoluta precisión, como si mi dedo fuera la batuta de un director de orquesta.

En ese instante, su esposa salía a la terraza con una fuente de espaguetis. Al ver la maniobra en el firmamento, la impresión hizo que la bandeja se le cayera de las manos.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? —exclamó alterada—. ¿Cómo puedes comunicarte con ellos?

Intenté tranquilizarlos explicándoles que, según mi experiencia, Ellos jamás me mostraron hostilidad; al contrario, siempre los había sentido benevolentes y respetuosos. Tras el susto inicial, la velada continuó en un ambiente cordial, donde la comida pasó a segundo plano frente al entusiasmo de la charla.

Días más tarde, Juan volvió a llamarme. Le había contado lo sucedido a un grupo de desarrollo personal o espiritual al que pertenecía junto a su mujer. Todos estaban impresionados por el relato de la experiencia que habíamos tenido y deseaban escucharme, así que acepté la invitación.

Me presenté en su local ante unas veinticinco personas. Durante mi exposición se mostraron amables, atentos y conmovidos. Al terminar, muchos se acercaron a felicitarme o a darme un abrazo. Sentí que había encontrado un entorno de auténtica amistad y respeto.

Sin embargo, en un rincón permanecía sentado el guía del grupo. Durante toda la charla no dejó de removerse incómodo en la silla, evitando mi mirada. Cuando concluyó el acto, se levantó, me dio las gracias con una sonrisa cortés y, poniendo una mano sobre mi espalda, me acompañó amablemente hasta la puerta.

A la mañana siguiente llamé a Juan para saber cómo había continuado la reunión. Su respuesta me dejó helado:

—Lo siento mucho. Cuando te fuiste, nuestro guía nos reunió y nos prohibió volver a tratar el tema y no mantener contacto alguno contigo.



—¿Por qué este cambio tan brusco? Le pregunté desconcertado.

—Nuestro tutor dice que eso es cosa del demonio.

No añadió nada más y colgó.

Así terminó, abruptamente, una amistad que apenas comenzaba. No la destruyó un conflicto personal, sino el temor y la intransigencia ante lo inexplicable.

12. Una presencia en el camino

Junio de 1989. Regresaba de un viaje de negocios con un compañero. Habíamos salido a primera hora de Ciudad Rodrigo y llevábamos unas horas en la carretera.

Al pasar por Calatayud, el tiempo empeoró. Lloviznaba, el cielo estaba plomizo y la mañana se volvió fría y desagradable, agravando nuestro cansancio acumulado. Yo iba de copiloto. Mi compañero, intrépido y poco dado a ceder ante el mal tiempo, no reducía la velocidad.

Y entonces ocurrió.



Al salir de una curva, un camión enorme apareció en dirección contraria, invadiendo por completo nuestro carril y abalanzándose sobre nosotros. Fue un instante. Sin tiempo para reaccionar, cerré los ojos y exclamé desde lo más profundo:

—¡Jesús!

Al abrirlos, mi compañero exclamó atónito:

—¡Qué diantres ha pasado!

Seguíamos avanzando con absoluta normalidad mientras, por el retrovisor, veía al camión alejarse como si tal cosa. No tengo una

explicación lógica de aquello; ignoro cómo ese choque inminente no se produjo. Solo sé lo que sentí: una presencia crística que sin duda hizo desaparecer el peligro.

Desde entonces, el recuerdo sigue intacto. Más allá de las creencias personales, pienso en un Ser o una Presencia superior que nos tutela y acompaña. A mí me enseñaron a llamarlo Jesús. En la comunidad Tseyor nos referimos al Cristo Cósmico con el término maya *Tseek*.

En el fondo, lo fundamental es la fuerza con la que se manifiesta su energía cuando se le invoca desde el corazón. Es como un gran Sol que nos alumbra, una fuerza que puede manifestarse cuando menos lo esperamos para demostrarnos que nunca estamos solos.

13. La luz del 4 de noviembre

Hay fechas que permanecen archivadas para siempre en la memoria. El 4 de noviembre de 1989 es una de ellas. Han pasado los años, pero el recuerdo de aquel día sigue vivo, como si el tiempo hubiera decidido detenerse en aquel instante en que lo imposible pareció hacerse realidad.

Era un sábado cualquiera. Como tantas otras veces salimos en familia hacia el centro de la ciudad para hacer las compras. El trayecto transcurría con la normalidad de un pacífico atardecer hasta que, de repente, mis hijos rompieron el silencio. Con la emoción reflejada en sus rostros, señalaron el cielo: una intensa luz blanca ovalada avanzaba hacia nosotros a gran velocidad. Me pidieron que detuviera el coche y, sin comprender aun lo que estaba ocurriendo, obedecí.

Nada más salir, permanecieron inmóviles, con los brazos elevados hacia el cielo, como si respondieran a una llamada silenciosa. La luz descendió hasta detenerse sobre ellos, suspendida a unos 10 ó 12 metros del suelo. Durante unos segundos todo pareció quedar detenido en el tiempo.

Entonces ocurrió algo maravilloso,

Desde aquella luminosa presencia comenzó a caer una fina lluvia de partículas doradas que envolvió lentamente los cuerpos de mis hijos. Dichas partículas brillaban como diminutos destellos de oro, semejante a esas escenas mágicas que aparecen en los cuentos o en las películas de fantasía. Era una lluvia silenciosa, delicada, casi irreal. Después, la luz se extinguió

con la misma rapidez con la que había aparecido, dejando tras de sí un profundo silencio e incógnitas por lo sucedido.

Mis hijos corrieron hacia mí llenos de emoción.

—¿Has visto lo que ha pasado, papá?

Los miré sin saber qué decir. No tenía ninguna explicación, pero en mi interior no sentía miedo. Todo lo contrario: una inmensa alegría brotaba desde lo más profundo de mí. Era una felicidad difícil de describir, nacida de la certeza íntima de que acabábamos de vivir algo que trascendía toda lógica.

Continuamos nuestro camino hacia la ciudad. Allí nos encontramos con unos amigos que también habían observado cómo aquella misteriosa luz se desplazaba velozmente por el cielo. Más tarde, otro conocido me confirmó que, mientras conducía por la autopista, había visto el mismo resplandor cruzar el cielo antes de dirigirse al norte de la ciudad, hacia la montaña de Sant Llorenç del Munt.

Al regresar a casa me puse a reflexionar sobre lo sucedido. Necesitaba comprender el significado de todo aquello. Cerré los ojos y dirigí mentalmente una pregunta a Melinus.

La respuesta llegó con claridad meridiana.

—¿No recuerdas que hace dos años operamos a tu hijo?

Aquellas palabras de mi tutor, Melinus, despertaron de inmediato mi memoria.

Justo dos años antes, el 4 de noviembre de 1987, mi hijo había sido sometido a una segunda intervención quirúrgica. La primera no había dado resultado y su vida llegó a correr un serio peligro. Recuerdo perfectamente el momento en que el cirujano salió del quirófano. Sonreía con serenidad y esperanza. Nos dijo que la operación había sido un éxito y añadió unas palabras: si transcurrían dos años sin que apareciera ninguna recaída, el niño podría considerarse completamente curado.

Aquel plazo terminaba precisamente el 4 de noviembre de 1989.

Entonces comprendí, o al menos así lo sentí, que aquella luz blanca y la correspondiente lluvia dorada era como una celebración, un saludo y un mensaje de gratitud llegado desde un plano superior. Para mí no era una casualidad. Era la confirmación de que mi hijo había superado definitivamente la enfermedad y de que aquel instante marcaba el cierre de una etapa de sufrimiento y el comienzo de otra llena de esperanza.

Conmovido, pregunté cómo podía corresponder a un regalo tan inmenso.

La respuesta fue sencilla:

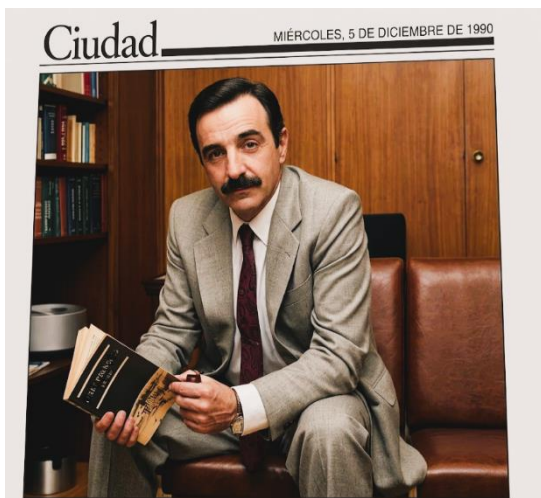
—Ponte a escribir.

Obedecí sin dudar. Ese mismo día nació el primer capítulo de un libro que llevaría por título *Cómo aprender a vivir*.

Durante las semanas siguientes, las ideas fluían con una naturalidad sorprendente. Sentía que cada capítulo llegaba completo a mi mente y solo tenía que plasmarlo sobre el papel. En apenas dos meses la obra quedó terminada.

Cuando el manuscrito estuvo completo, recibí una nueva inspiración. Cada capítulo debía concluir con una breve reflexión que condensara su esencia, una frase capaz de contener en pocas palabras el sentido profundo de lo escrito. A esas citas las llamé Partículas Filosóficas.

Para redactarlas busqué el silencio de la biblioteca pública. En el rincón más apartado de la sala, rodeado únicamente por el murmullo casi imperceptible de quienes leían y estudiaban, encontré una tarde el



ambiente propicio para escuchar aquella voz interior que seguía guiando mi escritura.

Desde entonces comprendí que la luz que descendió del cielo, no solo había marcado la curación definitiva de mi hijo, sino también había iluminado un nuevo camino para mi propia vida: el de la escritura como forma de gratitud, de aprendizaje y de servicio a los demás.

En la entrevista en el diario y con respecto al libro, entre otras cosas se decía:

“Mirosa, pintor, nos ilustra ahora con su obra *Cómo aprender a vivir*. Un ensayo sobre 44 temas puntuales y que forman parte de las inquietudes sociales de la actualidad y que plantean la necesidad de que el ser humano desarrolle un equilibrio entre sus elementos físicos y espirituales.”

14. La vuelta a casa por Navidad

Sili-Nur nos había explicado que la memoria pertenece a este plano físico y que, para recuperar información trascendental, debíamos extrapolar el pensamiento. Para ello, hablaba de conceptos relacionados con la mecánica cuántica y el electromagnetismo, y nos transmitía la idea de que la materia no es más que energía en un estado denso. Mediante la extrapolación mental, podríamos conectar con todo porque, en cierto modo, todo está en nosotros.

En aquella época, en 1997, estábamos más centrados en la ilusión que nos producían los avistamientos ovni, que se sucedían con frecuencia para motivarnos, y no podíamos ni imaginar siquiera que el verdadero objetivo del contacto era propiciar el reencuentro con uno mismo mediante el perfeccionamiento del pensamiento y la interiorización.

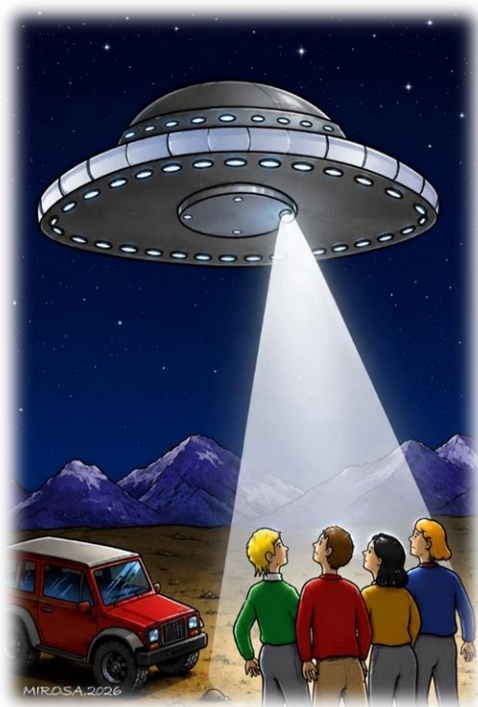
Ignorábamos también que todo aquel movimiento de contactismo obedecía a un plan meticulosamente preparado por la Confederación, cuyo propósito era que la humanidad, poco a poco, fuera tomando conciencia de los acontecimientos venideros y pudiera, de alguna forma, estar mejor preparada para afrontar los retos derivados de los cambios que se producirían en un futuro muy cercano.

Hacia ese objetivo de concienciación se nos estaba preparando. Por ello, en una de las reuniones habituales del grupo, Sili-Nur nos anunció que, en una semana, deberíamos viajar a La Palma, en las Islas Canarias.

Fuimos a reservar los billetes, pero inicialmente no había plazas disponibles. Al comunicarle a Sili-Nur aquella circunstancia, nos indicó que volviéramos a la agencia de viajes al día siguiente. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando, esta vez sí, encontramos billetes disponibles, ya que Iberia había fletado un nuevo avión debido a un incremento de la demanda.

Llegamos a La Palma alrededor del 21 de diciembre, es decir, pocos días antes de Navidad. Ese mismo día, Sili-Nur nos presentó a un nuevo hermano, que haría de cicerone durante nuestra estancia en la isla. Era miembro de la base submarina de Canarias y conocía perfectamente el lugar y las rutas que habríamos de seguir por la isla.

Comenzamos el recorrido en coche siguiendo instrucciones muy precisas: carreteras, desvíos, gasolineras y caminos rurales. En distintos puntos debíamos detenernos y realizar determinadas meditaciones antes de continuar. La ruta se desarrolló como una especie de gincana, hasta que finalmente llegamos a un lugar apartado, en medio del bosque.



Allí nos indicaron que saliéramos del coche, permaneciéramos de pie y cerráramos los ojos. Después de unos minutos en silencio, recibimos la indicación de abrirlos.

Entonces descubrimos que no podíamos movernos: nuestros cuerpos habían quedado inmóviles durante unos segundos. Una vez recuperada la movilidad, el tutor nos pidió que realizáramos inmediatamente una regresión para recordar lo sucedido.

Durante aquellos momentos de silencio y recogimiento habíamos estado oyendo repetidamente un extraño «tic-tac» mecánico, en medio de los árboles del bosque, sin llegar a descubrir de qué podía tratarse.

Al realizar la regresión, recordamos la experiencia de la abducción.

Vimos llegar por el cielo un módulo de aspecto metalizado y color oscuro, de unos cinco metros de diámetro. Se detuvo sobre nuestra vertical y nos elevó, así de fácilmente explicado.

Seguimos una ruta sobrevolando el mar hasta que nos sumergimos y llegamos a divisar una base submarina, de forma ovalada y completamente transparente. Desde el exterior podía observarse perfectamente su interior.

Entramos en la base y fuimos conducidos por distintos pasillos hasta una amplia sala de conferencias. Allí nos encontramos con numerosas personas que, como nosotros, habían sido invitadas. Incluso reconocimos a un vecino de nuestra ciudad, quien nos comentó, en tono amistoso, que nosotros no éramos los únicos.

Nos situaron en un lateral de la sala y pudimos ver y escuchar lo que allí se dijo durante la conferencia, que trató de las características de desarrollo del Plan Cósmico para la Tierra. Al fondo había una extensa tarima, presidida por siete personas que se dirigían al público asistente y, muy especialmente, a quienes ocupaban el anfiteatro, que suponíamos tendrían una mayor experiencia y responsabilidad dentro del proyecto.

Algunos de ellos presentaban fisonomías algo distintas de las nuestras, lo que nos llamó especialmente la atención. Con la perspectiva

actual, entendemos que podían tratarse también de voluntarios procedentes de otros lugares del cosmos, destinados a colaborar en la atención que requeriría el citado Plan.

Altos dignatarios de la Confederación tenían como objetivo informar a expertos, voluntarios y demás asistentes, de que comenzaba el Plan Cósmico y llegado el momento de prepararse debidamente.

Al terminar la conferencia, se formaron varios corrillos entre la gente. Recordamos especialmente que estaba presente un ser muy peludo, alto y fornido, con un aspecto parecido al de un oso. Los cuatro nos quedamos observándolo con curiosidad.

Aquel, al darse cuenta de que lo estábamos observando, se giró y nos invitó amablemente a unirnos a su grupo. Hablaron durante un buen rato y en todo momento nos trataron con mucho cariño y respeto.

Al día siguiente iniciamos una nueva gincana por la isla. Y por la noche, después de cenar, nos indicaron que nos preparáramos para una nueva andadura.

Iniciamos entonces una ruta en coche entre inmensas plantaciones de plátanos hasta llegar al mar.

A punto estuvimos de perdernos por un angosto camino, pero enseguida apareció una luz en el cielo que, mediante un trazo luminoso, nos señaló que debíamos dirigirnos en dirección contraria a la que llevábamos.



Seres que habitualmente colaboran con Mo y Rhaum. Los 4 logotipos corresponden a distintas civilizaciones con las que mantenemos conversaciones interdimensionales desde el año 1977

Llegamos finalmente a un antiguo faro abandonado de la isla y nos indicaron que nos tumbáramos en el suelo. Poco después apareció una nave que se situó a unos 15 metros de nuestra vertical. A través de sus ventanillas pudimos distinguir los rostros de unas pequeñas figuras que no medirían un metro de altura y que posteriormente llamaríamos cariñosamente «los peques del espacio».

Al mismo tiempo, otros seres de las mismas características que los anteriores estaban abajo y nos auscultaron para comprobar nuestras

constantes vitales, mediante un dispositivo parecido a un lápiz y que emitía un rayo verde. Nos examinaron rápidamente y en silencio. Finalmente, uno de ellos hizo un gesto hacia quienes se encontraban arriba, como indicando que todo estaba bien.

Allí se produjo una abducción. Y se nos informó detalladamente de los objetivos de trabajo que, en un futuro, habrían de llevarse a cabo, especialmente en el ámbito espiritual y de divulgación del mensaje de las estrellas.

Seguidamente, nos indicaron que continuásemos la ruta. Llegamos a una urbanización cuyas calles ya estaban construidas, pero en las que todavía no había ninguna edificación. Era una zona elevada, desde la que se divisaba el mar.

Allí comenzaron a contarnos historias a modo de cuentos, especialmente para que no nos durmiéramos. Durante al menos dos horas debíamos permanecer despiertos para que se consolidaran en nuestra mente los trabajos psíquicos realizados durante la estancia en su nave.

Reíamos constantemente entre nosotros por cualquier cosa que nos dijéramos. Cualquier comentario, equivocación o pequeño tartamudeo provocaba la risa de todos. Era una situación extraña: cuatro personas, de noche, en un lugar despoblado, riéndose frente al mar.

Nos habían transmitido una determinada información de hechos futuros, muy sutil, que con el tiempo se fue confirmando.

Finalmente, nos anunciaron que varias naves de la Confederación aparecerían para saludarnos.

Y así ocurrió.

Comenzaron a aparecer naves en el cielo, desplazándose en dirección este-oeste, una tras otra, como si siguieran una ruta determinada. Dichos objetos volantes tenían diferentes formas y tamaños, y desprendían luces de colores muy llamativos. Al pasar frente a nosotros, emitían algún que otro destello, a modo de saludo.

Durante aproximadamente una hora vimos alrededor de quince o veinte naves sobrevolar el espacio aéreo, siempre en la misma dirección. Se nos dijo también que en esa zona existía una especie de puerta adimensional.

Mientras, nosotros alucinábamos ante tales visiones y la alegría rebosaba por todos los poros de nuestra piel.

Asimismo, nos informaron de que, debido a los trabajos que se habían realizado en nosotros, nuestros filtros mentales se habían reducido momentáneamente y éramos capaces de percibir una realidad que normalmente permanecía oculta. Aquello explicaba, según nos dijeron, la facilidad con la que podíamos percibir las naves que estábamos observando.

Cuando cesó el «espectáculo» y nos despedíamos agradecidos, apareció entonces en el cielo una intensa luz blanca.

Dicha luz dibujó claramente un símbolo cuyo significado no ofrecía ninguna duda: un falo erecto.

Seguidamente recibimos un claro mensaje:



«No olvidéis el trabajo espiritual; este es el más importante».

Se refería indudablemente al trabajo que ahora sabemos que se corresponde con la práctica del *Juul*.

Aquella imagen permaneció fija en el cielo hasta que nos retiramos del lugar. Se nos deseó un feliz viaje de vuelta a casa, pero, sobre todo, no olvidáramos que el verdadero objetivo del contacto extraterrestre con nosotros obedecía exclusivamente al desarrollo y la práctica del trabajo

espiritual y a la divulgación del mensaje de las estrellas.

Miramos los relojes y comprobamos que faltaban muy pocas horas para nuestro vuelo. Regresamos al hotel rápidamente, recogimos las maletas y nos dirigimos al aeropuerto.

Todo ocurrió con una precisión absoluta: llegamos a tiempo, embarcamos y regresamos a casa con una gran ilusión por todo lo vivido en aquellas horas de estancia en la maravillosa isla de La Palma, la Isla Bonita.

Pudimos celebrar la Navidad con mucho más júbilo que antaño, indudablemente.

Todo había estado perfectamente sincronizado. Ellos sabían lo que hacían; nosotros, en cambio, no tanto. Pero, con el tiempo, también nosotros lo supimos.

ANEXO

Mensaje que envié a Veleta, por WhatsApp:

Puente. - ¿Recuerdas esta imagen de 1997, Veleta? Ya me dirás...

Veleta. - ¡Cómo no lo voy a recordar! Está impreso en nosotros, hermanito. Forma parte de nuestra experiencia en esta vida y como aprendizaje en nuestra evolución. Siempre lo vamos a sentir, la unión con nuestros queridos Hermanos Mayores sigue aún. Gracias por compartir.

Nota. Veleta, es nombre simbólico de Tseyor, pertenece a Mari Carmen, quien con Puente fueron ambos canalizadores del Grupo Saya en Barcelona en la etapa de Sili-Nur.

15. Antes de partir

Sería por el año 2000 cuando tuve una experiencia onírica y premonitoria. Aquel suceso me sirvió para atar cabos y reflexionar sobre la relatividad de la existencia física, ayudándome a restar importancia al aspecto material: las ambiciones, los deseos, la animadversión y la búsqueda obsesiva de placer, prebendas y riqueza. Poco a poco, esa visión positiva de relatividad se fue afianzando en mi interior.

En aquella época acudía una vez por semana al despacho de un compañero de profesión, mayor que yo, a quien apreciaba y trataba de usted por respeto. Me ocupaba en atender parte de su clientela sobre asuntos administrativos y de gestión de empresa. Y el resto de la semana trabajaba en mi despacho habitual.

Esa noche soñé con mi colega. En el sueño, nos encontramos en su propio despacho diciéndome que necesitaba hablar conmigo. Noté en él cierta prisa por comunicármelo todo. A su lado, sentado en actitud meditativa y observándolo, había una figura. No era un fantasma ni una réplica suya, sino una presencia física bien definida, como un amigo que aguarda a que te desocupes.

Mi compañero empezó a mostrarme cosas que yo desconocía del lugar: —Mira, aquí está la caja fuerte y esta es la combinación... Estos otros documentos se encuentran allá para cuando los necesitéis.

Desconcertado, le pregunté por qué me daba toda esa información.

En ese momento, la figura que había permanecido silenciosa le interrumpió.

—*Oye, Carlos, apúrate que hemos de marchar...*

Y él se giró molesto:

—*Pero ¿no te puedes esperar a que acabe?*

—*Sí, pero no te entretengas.*

Y dirigiéndose Carlos hacia mí: — *Bien, continuemos con lo nuestro*, me indicó.

Tras darme una serie de instrucciones más, me desperté intrigado.

¿A dónde debía Carlos marchar? ¿Quién era esa presencia que le acompañaba? Sentí como que había vivido una escena en una vida paralela.

Casualmente, ese mismo día me correspondía acudir a su despacho. Al entrar, me dieron la noticia: Carlos había muerto de un fulminante ataque al corazón esa misma madrugada y se preparaba la familia para ir al tanatorio.

Me quedé impactado. No solo me había avisado de que partía y él lo sabía, sino que procuró facilitarme información necesaria para cuando él no estuviese en la oficina.

En aquel momento me costó un poco entenderlo todo, pero la evidencia era indiscutible y reafirmó mi percepción sobre la relatividad de la existencia material.

Hoy, con el aprendizaje y las extrapolaciones que realizamos en el grupo Tseyor, comprendo mejor esa experiencia. También me reafirmo en la certeza de que siempre estamos acompañados por nuestro protector o ¿será un GTI de Tseyor que nos tutela y protege y, en caso del último viaje, nos pueda orientar?



Porque claro, en cualquier momento podemos hacer el traspaso y qué mejor que ir de viaje bien acompañado.

16. Relato experiencia de campo con Alux-Pen del año 2000

Año 2000, septiembre, 29

Hoy, 5 de agosto de 2026, me viene al recuerdo la experiencia de campo tutelada por Alux-Pen. y que realmente nos motivó a seguir con más entusiasmo por ese camino o andadura espiritual.

RELATO DE UNA EXPERIENCIA DE CAMPO TUTELADA POR ALUX-PEN

Año 2000, septiembre, 29. De noche y con un cielo estrellado. A lo lejos aparece una nave o módulo con unos focos muy potentes. Debido a ello, no vemos claramente su forma ni tamaño. Todos miramos cómo se nos acerca rápidamente, entre perplejos y asustados.

Dicho módulo pasa casi rozando nuestras cabezas, despidiendo mucha luz. Parece como si quisiera “crear” un campo magnético a nuestro alrededor. Algunos se asustan e intentan huir, otros expectantes miramos con ojos atónitos la escena.

Se aleja esa primera nave o módulo y aparece una segunda más grande y de forma como de tulipán. Lleva también en su base, colocados en dos hileras paralelas, unos grandes y potentes focos de luz que iluminan nuestros sorprendidos rostros.

A lo lejos se divisa una grandiosa nave parecida a la de Alux-Pen.

Somos abducidos hacia arriba rápidamente en la segunda nave. Hay algunos que se niegan a ello y, estando aún a pocos centímetros del suelo, se quedan. El resto entramos en el aparato con gran alegría.

El interior de la nave se asemeja a un laboratorio, donde como otras veces nos “limpian” en duchas especiales.

La nave tiene un pasillo central del que salen bastantes cabinas laterales, donde más tarde nos harán entrar en ellas para hacernos varios trabajos. Preguntamos y nos dicen que son “trabajos neuronales”.

En una de estas cabinas especiales alojan a una compañera, y a nuestra pregunta nos informan que le están haciendo un trabajo para ayudar a “despertar consciencia”.

Otro compañero que está muy contento y tranquilo es recibido por un ser muy simpático, de morfología distinta a la nuestra y que nos recuerda su cabeza y su cuello al de una tortuga.

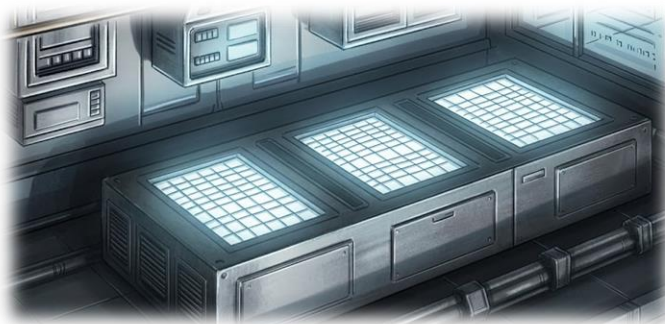
Con mucha naturalidad nuestro compañero levanta su mano izquierda para hacer el típico “¡Choca esos cinco!” y el ser levanta también la suya, y cuando las palmas de ambos están a unos 30 cm., el ser proyecta unos rayos azules, parecidos a los de una descarga eléctrica y el compañero retira rápidamente su mano ante las fuertes cosquillas que le produce la descarga y riendo dice: “¡Vaya caña que tienen!”

Ahora vemos a Alux-Pen que nos está esperando de pie.

Estamos únicamente todo el grupo en una pequeña estancia y Alux-Pen, junto con Sili-Nur y otros hermanos mayores, nos dicen en qué estamos fallando.

Tiempo después, a una compañera la introducen en un tubo largo y estrecho. Es como de acero inoxidable y parece disponer de alta tecnología.

Se ve a sí misma tendida dentro y pregunta qué le están haciendo. Le responden que “alineación de chakras”. Ve sus chakras: algunos muy oscuros, otros con colores pero muy apagados y cómo se los activan con varios rayos de distintos colores.



Ahora, a uno de nosotros se le acercan cinco seres de mediana estatura y de color gris y cráneo pelado, vestidos con bata blanca, y lo llevan hacia una estancia donde hay una camilla.

Y allí, tendido, le ponen tubos: cabeza, pecho, brazos... y también entre las piernas. Los tubos son de color claro, parecidos a los cables eléctricos. Le hacen una especie de chequeo.

A otra compañera también la llevan a una cabina especial. Nos dicen que la están tratando de una enfermedad.

A varios de nosotros nos sitúan en cabinas individuales. Arriba de donde estamos ahora hay más niveles o plantas, donde se sucederán otras cosas...

ANEXO

Y muchas experiencias más por relatar, de antes y después de este relato del año 2000.

Y actualmente seguimos manteniendo conversaciones interdimensionales con nuestros hermanos mayores del Cosmos. En la Biblioteca Tseyor, se dispone además y gratuitamente, un número aproximado de 500 libros, elaborados a través de esos comunicados interdimensionales recibidos de los hermanos mayores.

Existe la Asociación sin ánimo de lucro Tseyor Centro de Estudios Socioculturales. Se ha creado la Universidad Tseyor de Granada y la ONG Mundo armónico Tseyor.

Se han abierto albergues en diversas partes del mundo, que denominamos muulasterios y, además, Casas Tseyor, para servir de apoyo a todo aquel andante que busca la verdad.

Muulasterio Tseyor Tegoyo. Lanzarote-Islas Canarias-España.

Muulasterio Tseyor La Libélula. Granada-España.

Muulasterio Tseyor Los Máak de Mazatlán-México.

Muulasterio Tseyor Los Castaños. Chile.

Casa Tseyor en Perú.

Casa Tseyor Barcelona-España.

Casa Tseyor Saltillo-México.

Casa Tseyor Saltillo Unido-México.

Casa Tseyor de Pachuca-México.

Casa Tseyor de Puerto Rico.

Casa Tseyor de Baqatá. Bogotá-Colombia.

Grupo Tseyor en Panamá

Grupo Tseyor en Asturias-España

Grupo Tseyor en Madrid



Reproducción de la nave interestelar nodriza de Alux-Pen. Visitada mediante abducción grupal instantánea y recuperada información mediante regresión posterior de los componentes del Grupo SAYA de Barcelona

17. Memoria y orígenes del Grupo Tseyor

El Grupo sin nombre y la asignación de las letras

Dentro de los diferentes estados en los que hemos participado como grupo, era habitual que la Confederación fuera registrando nuestros niveles de adaptación y captación. En nuestro caso, la forma de valorarlos consistía en concedernos una letra periódicamente.

Antes de constituirnos formalmente, éramos un grupo sin nombre. Al interactuar con otras personas, sentimos la necesidad de identificarnos, por lo que solicitamos una denominación. Esto ocurrió alrededor del año 1995. Tras unos meses trabajando y en contacto con Sili-Nur, nos dijeron:

«Os merecéis empezar a tener un nombre a este nivel».

Nos entregaron una primera letra, la **G**. Así nos convertimos en el *Grupo G*. Más adelante, el equipo llegó a estar formado por 12 o 14 personas. Estábamos entusiasmados porque nos suministraban una información excelente. Algunos compañeros dedicados a la enseñanza recibían información sobre educación infantil y, cuando reunían suficiente material, editaban sus propios libros para comerciar con ellos.

Tiempo después nos concedieron otra letra, la **R**, pasando a ser el *Grupo GR* (bromeadas aparte con el sonido). Con el tiempo llegaron la **U**, la **P** y la **O**. Aunque aún no teníamos el nombre definitivo, nos quedamos como el *Grupo Grupo*.

Divergencias y la técnica de la vasografía o oui-ja.

Posteriormente surgieron diferencias entre los miembros del equipo:

- Un sector solo buscaba información para editar libros educativos.
- Otro grupo deseaba indagar más a fondo para descubrir a dónde nos llevaban realmente estos contactos.

Decidimos separarnos. El grupo enfocado en la educación infantil dejó el local donde nos reuníamos cada viernes y siguió comunicando con el guía de educación infantil y en menos de un año se disolvió y no se supo nada más de él.

Los demás seguimos, pero sin el canalizador habitual. Aunque yo canalizaba de forma mental y telepática, siempre me había adaptado a la dinámica del grupo respetando la función del canalizador de origen.

Al quedarnos solos —Veleta, su hijo Jaume (un estudiante de psicología muy despierto y noble), Merxe, dos o tres personas más y yo—

nos preguntamos qué hacer. Decidimos probar el contacto por nuestra cuenta mediante *vasografía* (conocida comúnmente como la Ouija).

En esta práctica espiritual es fundamental mantener una intención pura y neutral para evitar la intromisión de entidades de las infradimensiones que puedan generar dispersión. Nosotros confiábamos en los seres con los que contactábamos por los avistamientos, vivencias y la valiosa información psicológica que nos brindaban.

Además, existía una regla estricta: *el interlocutor debía identificarse claramente con su nombre y origen* (por ejemplo: «Soy Melinus de Ganímedes» o «Soy Sili-Nur de Venus»). Si no lo hacía o intentaba engañar, la comunicación misteriosamente se cortaba de inmediato.

La señal oculta y la consolidación como Grupo SAYA

Aquella primera noche, solos, probamos varias personas sin éxito. Finalmente, Veleta y yo pusimos el dedo índice sobre el vaso. Tras unos momentos girando en círculos, comenzó a marcar letras de forma dispersa y al parecer incoherente. Aunque Jaume las fue anotando todas minuciosamente en un cuaderno.

Al cabo de un rato, al ver tantas letras inconexas, pensamos en parar. Sin embargo, Jaume observó detenidamente las filas y descubrió que, ocultas entre letras de relleno, había palabras con sentido. Al descartar las incoherentes, desciframos el mensaje:

«Estamos con vosotros, seguimos.»

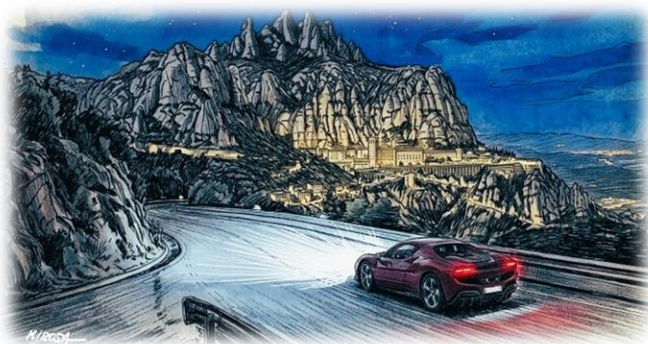
Aquello nos dio una enorme alegría para continuar. En los meses siguientes, Sili-Nur nos fue entregando más letras: la **S**, la **A**, otra **A**... hasta formar la palabra SAYA. Así nos consolidamos como el *Grupo SAYA*.

La experiencia en Montserrat y el primer contacto directo

Hacia el año 2000 viajamos a Panamá invitados por un grupo local. Allí estaba Benéfica Amor Pm en espera de un próximo futuro en Tseyor. Al regresar, sentí que habíamos completado una etapa. El método de la vasografía nos resultaba demasiado lento en comparación con la fluidez de los mensajes y dibujos que mi persona recibía telepática y mentalmente de Melinus y de Ostracita, esta también de Ganímedes. A la vuelta de ese viaje a Panamá, decidí tomarme un tiempo de reflexión y dejé de asistir a las reuniones de los viernes, aunque mi compañera Sala continuó asistiendo a ellas.

Un viernes, mientras conducía, en el horizonte podía ver la silueta de la montaña de Montserrat y percibí una señal luminosa muy clara que me transmitió un mensaje: «*Esta noche, aquí*».

Al dejar a Sala en el local para que asistiera a la reunión, ella salió rápidamente diciéndome que se suspendía la sesión por fallos técnicos y por la desgana general del grupo, que llevaba semanas sin lograr comunicación. Sala decidió con ello acompañarme a Montserrat.



Llegamos a la explanada de la montaña.

Sala, canalizando por mí con Olión de Ganímedes, nos indicó que a las 12:00 de la noche estaría previsto un avistamiento. Hacia las 22:15 fuimos a tomar algo al Hotel Bruc y regresamos

a la explanada. Siguiendo indicaciones, las que Sala recibía de Olión a su vez, orienté el coche hacia el norte.

A las 12:00 en punto, en medio de una noche estrellada y en absoluto silencio, mientras Sala permanecía con los ojos cerrados para mayor concentración de unas posibles indicaciones del mensaje, *se iluminó de golpe en el cielo una gran nave circular que se desplazaba con la ligereza de una pluma sobre nuestra vertical*. Salí del coche emocionado contemplándola hasta que, de pronto, desapareció.



En ese instante nos invadió una inmensa alegría. Recibimos la indicación de comunicar y, por primera vez solos, recibimos un mensaje esta vez de Sili-Nur mediante *telepatía externa directa*.

El nacimiento del nombre TSEYOR

Con ese espectacular y bien visible avistamiento en Montserrat y del interesante y motivador mensaje recibido, iniciamos una nueva etapa.

Sala y mi persona, como canalizador, continuamos las comunicaciones los viernes con Sili-Nur y, en una de las sesiones,

preguntamos por nuestro nombre definitivo como grupo. Se nos dijo que estábamos listos para recibirlo, pero que debíamos descifrarlo nosotros mismos.

Nos entregaron seis letras: **E, R, T, O, S, Y,**

Escribimos las letras en recortes de papel e intentamos combinaciones sin que ninguna nos convenciera. Finalmente los dos, por separado, decidimos ordenar las letras y, sorprendentemente *ambos, obtuvimos exactamente el mismo orden cuyo resultado fue: TSEYOR.*

Al consultar con Sili-Nur, se nos confirmó que habíamos logrado una perfecta sincronización mental y una buena comunión de ideas. A partir de ese momento pasamos a ser el *Grupo Tseyor*. Años más tarde, hacia 2005 o 2006, se nos dio a conocer el verdadero significado del término:

TSEYOR, como acrónimo de: Tiempo Simbólico Estelar del Yo en Retroalimentación.

Una retroalimentación que desde entonces aplicaríamos mayormente entre los miembros del grupo.

18. Agradecimiento doble con experiencia en Montserrat

Parte I

«De bien nacido es ser agradecido» encierra una verdad profunda. La gratitud no es mera cortesía, sino una actitud ante la vida. Debemos agradecer cada encuentro, cada persona que se cruza en nuestro camino e incluso las dificultades, pues nos ayudan a crecer. Cuando este sentimiento nace sinceramente, nos demuestra que ya poseemos algo esencial: saber y poder contemplar la existencia disfrutando del mundo que nos rodea, amando a los demás hermanadamente y viéndolos progresar y desarrollarse en todos los aspectos. La gratitud es, en definitiva, una expresión de humildad.

Por esa misma gratitud recuerdo la llegada de Eduard y Montse a nuestro grupo.

En 2001, Sala y yo nos habíamos separado del grupo Saya y siguiendo las indicaciones de Sili-Nur iniciamos una nueva etapa bajo el nombre de Tseyor (*Tiempo Simbólico Estelar del Yo en Retroalimentación*). Éramos solo

nosotros dos, pero nos manteníamos en contacto con Sili-Nur, quien un día nos anunció que pronto llegarían nuevos integrantes.

A Eduard, casi recién llegado, que más adelante recibiría el nombre simbólico de Ignis, Sili-Nur le advirtió que, si solo le movía la curiosidad, debería reflexionar y esperar a que su permanencia en el grupo se consolidara. Pero, si ya estaba dispuesto a comprometerse, podría asistir a un próximo avistamiento cuya fecha se anunciaría más adelante.

Eduard aceptó. Al viernes siguiente regresó con su compañera, Montse, quien posteriormente recibiría el nombre simbólico de Azul.

Y los cuatro, aquel mismo día, escuchamos las instrucciones de Sili-Nur para participar en el citado avistamiento. Sin imaginarnos que esa misma noche viviríamos una experiencia inolvidable.

Era otoño y ya había oscurecido cuando Sili-Nur nos indicó subir al vehículo: una furgoneta verde botella conducida por Ignis. Nadie conocía el destino; recibíamos instrucciones sobre la marcha. Atravesamos carreteras de montaña y pequeñas poblaciones a lo largo de unas horas por una ruta desconocida. Pasada la medianoche, el cansancio y la impaciencia hicieron mella, especialmente en Azul.

Finalmente reconocimos la zona: nos acercábamos a la explanada de Montserrat, donde acudíamos habitualmente a los avistamientos del día 11. Habíamos llegado por un camino atípico que no sabría repetir su trayectoria exactamente.

La montaña emergió majestuosa bajo un cielo estrellado. Agotada y desconcertada, Azul protestó:

—¡Esto es una locura! ¿Cómo podéis creer que alguien nos guía solo con el pensamiento?

Sala intentó tranquilizarla recordándole que, sin saber adónde nos dirigíamos, habíamos terminado exactamente en la explanada de siempre para los avistamientos. Aún escéptica, Azul sacó una silla plegable de la furgoneta y refunfuñando se sentó a unos metros de distancia y de espaldas a nosotros, acompañada cariñosamente por Sala.

Y entonces ocurrió.

Una luz verde de gran tamaño, intensa y perfectamente definida cruzó el cielo de este a oeste. No era una estrella fugaz, ni un avión, ni un satélite; avanzaba con precisión y en absoluto silencio. De pronto, aceleró y desapareció tras el macizo de Montserrat.



Quedamos estupefactos. Azul rompió el silencio:

—¡Oh! ¿Qué ha sido eso?

—Parece un saludo de bienvenida de Ellos —respondí de forma espontánea.

A partir de ese instante todo cambió: el escepticismo se transformó en asombro y el cansancio en entusiasmo. De regreso y en la furgoneta, Azul, que horas antes quería abandonar, era ahora una mujer entusiasmada.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó.

—No hagamos demasiados planes. Dejemos que el camino se revele por sí mismo —le contesté. Y así fue.

Con el tiempo comprendimos la trascendencia de la llegada de Ignis y Azul. Los conocimientos de él sobre simbolismo, tradiciones espirituales y esoterismo enriquecieron nuestro trabajo y por parte de Azul su aportación humana y amorosa fue de mucho valor.

En 2004, Sili-Nur se retiró para dar paso a Shilcars, iniciando una nueva etapa.

Sin embargo, mi memoria guarda con nitidez lo sucedido aquella noche y un mayor agradecimiento, si cabe, a todo el equipo: cuatro personas viajando de noche por carreteras secundarias, una mujer sentada bajo la luz de la Luna convencida de haber cometido un error al estar allí, una furgoneta verde y una esfera también verde cruzando a gran velocidad el firmamento, como respuesta de conformidad de los hermanos del cosmos.

Parte II

Dentro del tema que nos ocupa que es el de la gratitud, no puedo dejar de recordar la ayuda que recibí, en mis años de juventud, de mi

profesor y director de la academia donde cursé mis primeros estudios: un hombre sabio cuyo ejemplo sigue iluminándome hasta hoy y nunca se lo agradeceré bastante.

En cierta ocasión acudí en extrapolación mental a la UTU (*Universidad Tseyor de Uommo*), situada en un planeta de esta misma galaxia cuya posición exacta no puedo precisar.



UTU UNIVERSIDAD TSEYOR DE UOMMO

Suelo acudir allí para contemplar la inmensa biblioteca-museo y sus fascinantes obras de arte. A veces me pregunto si el arte, la música o las ciencias de nuestro mundo no son más que intuiciones copiadas de ese plano más elevado y por mentes altamente sensitivas.

Ese día me encontré en la universidad con la hija

del director de la academia donde cursé mis primeros estudios juveniles. Sorprendidos ambos de vernos allí, la invité a bajar a la sala de pintura para enseñarle un óleo pintado por mi primo, cuyo cuadro lo guardaba en mi casa. Ella conoció muy bien a mi primo, pues compartieron el mismo pueblo de residencia en verano. Pensé que si le gustaba el cuadro, se lo podría regalar, aunque primero tendría que darme su dirección.

Nos disponíamos a bajar la escalinata cuando dos miembros GTI. muy amablemente, nos indicaron que aún no era ese el momento.

En aquel preciso instante abrí los ojos. Estaba sentado en una silla plegable en la Playa de los Cabellos Blancos, sintiendo la brisa y contemplando la belleza del Mediterráneo.

En otra ocasión puedo relatar cómo el citado cuadro pasó a manos de mi amiga y de la que en un principio desconocía su domicilio.

19. La llamada en la noche

Montserrat-Barcelona, 15 de marzo de 2004

Nos encontramos en la explanada de Montserrat esperando un posible avistamiento anunciado para las doce de esa misma noche.

Como todavía faltaban unas horas, decidimos acercarnos al Hotel Bruc y cuando estábamos a punto de marcharnos sonó mi teléfono móvil.

—¿Es usted Josep Oriol, del Grupo Tseyor?

Dijo llamarse Francesc. Había leído en Internet que aquella noche nos reuníamos en Montserrat y quería confirmar la noticia.

Le expliqué dónde estábamos y qué esperábamos hacer. Me dijo que se encontraba en la zona del Montseny-Barcelona, alejada de Montserrat, pero que el asunto le despertaba curiosidad e intentaría desplazarse.

Le indiqué cómo llegar.

—Si puedo, intentaré estar allí. Contestó.

El vehículo

Regresamos del Hotel Bruc y continuamos esperando llegara la hora del avistamiento en la explanada.

De pronto, unos faros rompieron la oscuridad. Era Francesc. que había llegado acompañado de un amigo suyo.

Más tarde, Francesc nos contó que su amigo le había animado a venir. Le dijo que si se producía tal avistamiento el grupo podría ser de interés conocerlo más a fondo; si no, quedaría convencido de que éramos unos charlatanes.

Aquella noche, en Montserrat, iba a comenzar una relación que con los años pasaría por momentos de entusiasmo, aprendizaje y colaboración, pero también por diferencias y, finalmente, desencuentros.

De Francesc, a Sirio de las Torres y finalmente: Acéptalo Tal Cual La Pm, los dos últimos como nombres simbólicos

Acéptalo Tal Cual La Pm, personalmente lo consideraba una excelente persona. Era un hombre bueno, inteligente, instruido y educado.

Durante años dirigió como director general una gran empresa. Era un hombre acostumbrado a dirigir, tomar decisiones, exigir y exigirse. Había entendido que las cosas funcionaban con disciplina, organización y una dirección clara.

Cuando se integró en Tseyor, quiso aportar toda esa experiencia, pero siempre a su manera. Y quizá ahí comenzó nuestra dificultad para entendernos.

Dos maneras de caminar

Mi persona también había sido muy racional en un principio y necesitaba entender, comprobar y encontrar una explicación lógica a las cosas. Pero, afortunadamente, Tseyor me había ido transformando. Las experiencias, la canalización y las enseñanzas de los hermanos mayores me llevaron hacia otra forma de ver las cosas, incluso de vivir la vida. Había aprendido a no querer controlarlo todo, a dejar espacio a los demás, a esperar, observar y fluir.

Los hermanos mayores nos repetían:

—No seáis rígidos. Fluid. Dejad que las cosas vayan a su ritmo. Todo está bien.

Con el tiempo, el «todo está bien» pasó a formar parte de mi manera de entender el camino. No significaba que todo saliera bien, sino que de todo se aprende: del acierto, del error y de aquello que nos obliga a cambiar.

Acéptalo Tal Cual La Pm, en cambio, tenía una visión distinta. Era más estructurado, exigente y riguroso. Y era comprensible: había dedicado buena parte de su vida a dirigir personas y empresa y había comprobado que la disciplina y una dirección clara daban resultados.

Por eso decía:

—Si todo eso que he aplicado en mi labor ha funcionado en una empresa, ¿por qué no va a funcionar en Tseyor?

Ahí comenzaban nuestras diferencias. Tseyor no era una empresa. No se trataba únicamente de conseguir resultados. Había algo que no podía medirse ni acelerarse: el proceso interior de cada persona.

El hombre que quería que las cosas funcionaran a su manera

Acéptalo Tal Cual La Pm quería que Tseyor funcionara según sus expectativas de avance, que organizáramos mejor el trabajo y que pudiéramos ver resultados tangibles. Nunca dudé de sus buenas intenciones.

Me hablaba de su experiencia profesional y de la empresa que había dirigido. Muchas veces me pensaba que tenía razón, pero mi intuición me decía:

«No forcéis». «Fluid». «Dejad que las cosas vayan a su ritmo».

Ahí aparecía la contradicción. Ambos queríamos que Tseyor funcionara, pero caminábamos con el paso cambiado.

Él confiaba más en la organización, la dirección y el control; yo, en el proceso natural por decantación de las circunstancias. Él quería impulsar al grupo para avanzar más deprisa; yo presentía que a veces era necesario esperar y fluir.

Durante un primer tiempo, nuestras diferencias llegaron a complementarnos, como si una fuerza equilibrara a la otra. Pero ese equilibrio tuvo un límite. Y llegó un momento en que aquella diferencia dejó de unirnos y se convirtió en un distanciamiento entre los dos.

Las maestrías

Recuerdo especialmente una situación que, con el tiempo, se convertiría para mí en una respuesta clara a muchas cosas.

Nuestro tutor, Shilcars, nos anunció que pronto se darían las maestrías en Tseyor. Era el comienzo de una nueva etapa: llegarían los Muul Águila de Tseyor, después los grupos, Casas y Muulasterios y también el muular, la moneda tseyoriana. Los pueblos Tseyor aún hoy es una asignatura que tenemos pendiente.

El camino comenzaba a desplegarse ante nosotros, aunque todavía no sabíamos reconocerlo.

Los hermanos solían hablar en términos de posibilidad: «Esto puede que se haga», «podría ser necesario...». No siempre había que actuar de inmediato. Había un tiempo para percibir, comprender, actuar y esperar.

Pero nuestro compañero lo entendió de otra manera.

Apenas quince días después de ese anuncio de las maestrías apareció con unos cursos de Reiki ya preparados. Era maestro de Reiki y pensaba que aquella podía ser una manera de comenzar la enseñanza.

—¡Ostras! ¿Un curso? —le pregunté, sorprendido.

—Todo está perfectamente organizado, contestó convencido.

Sin embargo, pronto comprendimos que no se trataba simplemente de hacer o no hacer el curso. Era una cuestión de principios: entender primero qué era exactamente Tseyor, para qué estábamos ahí y cómo debíamos divulgar su mensaje sin mezclarlo con otros pensamientos o energías distintas, por respetables que estas fueran.

«Todo está bien»

Al principio, estas palabras podían parecer ingenuas, incluso peligrosas, si se entendían como una invitación a no hacer nada. Para mí significaban aceptar que el aprendizaje no siempre llega como esperamos.

Si alguien se equivoca, aprende. Si algo nos sale mal, aprendemos. Si dos personas no se entienden, también hay aprendizaje.

Queríamos trabajar juntos, en unión, pero cada vez parecía más difícil. Cuando dos personas creen sinceramente estar defendiendo lo correcto, ceder puede sentirse como una traición a los principios de cada uno.

Eso nos ocurrió.

Y, sin embargo, las palabras de los hermanos seguían resonando: todo está bien.

Del anunciado avistamiento en Montserrat

—Bien, ¿ahora qué hemos de hacer? —preguntó Acéptalo Tal Cual La Pm, habiéndose personado en la explanada.

Le expliqué que, cuando acudíamos a Montserrat, los de Tseyor escudriñábamos el cielo con recogimiento, esperando el momento anunciado del avistamiento.

Le expliqué también que, cuando Ellos se presentaban, podíamos observar sus naves y distinguirlos de aviones o satélites. A veces realizaban movimientos extraordinarios con trazos y señales luminosas en el cielo.

Y llegó la hora.

Era medianoche, todos permanecíamos expectantes mirando el cielo. Era una noche limpia y estrellada. De pronto, apareció una esfera luminosa, anaranjada, muy brillante, que desplazándose a gran velocidad desapareció instantáneamente.



Todos la vimos.

Quién además habría de verla aquella noche era Acéptalo Tal Cual La Pm. Recuerdo su reacción de sorpresa y asombro:

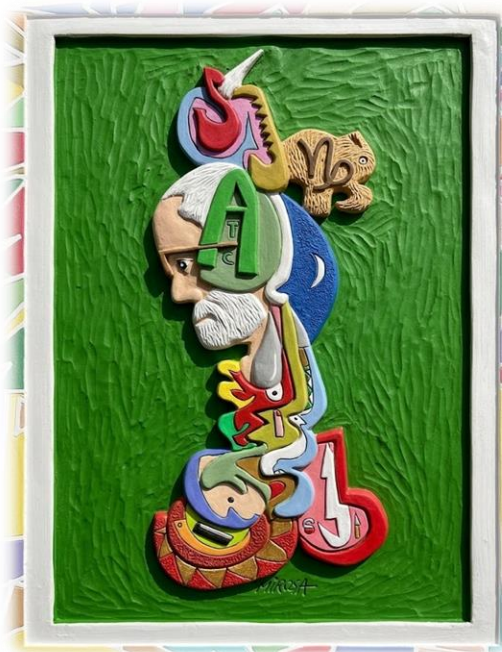
—Pero ¿eso qué es? Decidme, ¿eso qué es?

Le respondí que aquella era una muestra de que Ellos existían y se comunicaban con nosotros mediante señales luminosas y que, quizá también, aquella noche le estaban dando especialmente la bienvenida.

En el año 2026, nuestro hermano mayor Aumnor, nos ha regalado un recuerdo póstumo de Acéptalo Tal Cual La Pm, con la carta número 40 del juego de alquimia.

En aquellos tiempos, los avistamientos concertados tenían el propósito de reforzar nuestro ánimo y mantener viva la ilusión y la confianza en lo que estábamos viviendo.

Con la perspectiva de los años, creo que aquella experiencia tuvo además otro propósito: que pudiera comprobar uno mismo que no eran únicamente palabras o creencias, sino algo que se podía experimentar directamente.



20. Una abducción en grupo

A medianoche, entre el 17 y el 18 de junio de 2004, llegamos con nuestros vehículos a una explanada cercana al Monasterio de Montserrat, en Barcelona, siguiendo la convocatoria que los Hermanos Mayores nos habían indicado días atrás. La noche era limpia y un cielo cuajado de estrellas se extendía sobre nosotros.

De pronto, una potente esfera de luz atravesó el firmamento dejando una estela luminosa. La sorpresa dio paso al júbilo, aunque algunos no llegaron a ver dicha esfera. Pocos instantes después, una segunda esfera, aún mayor, surcó el espacio. Esta vez la contemplamos casi todos. Entendimos la manifestación como una señal de que Ellos ya estaban preparados.

Sin más demora, nos tomamos de las manos en círculo para formar una rueda de energía. Durante la posterior sesión de relajación con los

miembros del Grupo Tseyor, se nos daría una visión más amplia de la experiencia.

De repente, un denso haz de luz descendió desde el cielo y nos envolvió. Al mismo tiempo, otro foco luminoso cruzó su trayectoria desde un lateral. El entorno adquirió una dimensión distinta.

Fue entonces cuando aparecieron los peques del espacio, cuyas características físicas las he descrito anteriormente.

Se acercaron y, con precisión metódica, comenzaron a examinarnos: midieron nuestras constantes vitales con pequeños sensores en distintas partes del cuerpo. Tras ello, nos explicaron que eran biólogos moleculares de la Confederación de Mundos Habitados de la Galaxia, y que realizaban una labor en la Tierra autorizada por sus superiores en beneficio de nuestro futuro.

Sobre nuestra vertical permanecía suspendido un objeto circular. Sentíamos que nuestras constantes vitales se transmitían hacia la nave y que, desde ella, recibíamos información precisa. Todo transcurría a una rapidez sorprendente. Nosotros permanecíamos inmóviles, entrelazados de manos, como estatuas fuera del tiempo.

A continuación, una especie de aura blanca envolvió nuestros cuerpos; cada uno parecía sumergido en un torbellino de energía en espiral. Entonces ocurrió lo más impresionante: aunque seguíamos unidos físicamente, vimos cómo de cada uno se elevaba un doble energético. Destacó el caso de Ya Eres Libre La Pm, cuya contraparte ofrecía cierta resistencia a elevarse.

Los seres nos explicaron que el proceso buscaba favorecer nuestro intelecto, la memoria y el razonamiento, así como ralentizar la autodestrucción celular y neuronal. Nos advirtieron que los efectos variarían según la conformación cromosómica de cada persona, pero que en la mayoría lograrían frenar procesos degenerativos incipientes. Dedicaron especial atención a Acéptalo Tal Cual La Pm, interviniendo sobre sus problemas circulatorios, celulares, visuales y auditivos.

Cuando concluyeron la labor, los biólogos retiraron el equipo y enviaron señales de conformidad a la nave. En ese momento, Ignis, del Grupo Tseyor, les pidió una prueba visual para quienes no habían logrado ver las primeras luces. Respondieron que harían lo posible.

Una cúpula energética transparente que había rodeado el lugar comenzó a ascender a medida que la nave superior ganaba altura. Nos

informaron que la desconexión de los objetos sería simultánea, nos desearon éxito en nuestra labor de divulgación y también de que nos olvidaríamos de muchos de los detalles obtenidos en esos diez minutos que duró la operación. Añadieron que continuarían su labor en otras regiones del planeta para corregir desajustes genéticos causados por la contaminación y los alimentos transgénicos.

El ser a cargo de la operación hizo un gesto de despedida. En un instante, las naves se desplazaron a enorme velocidad hacia extremos opuestos del horizonte y desaparecieron.

Al deshacer el círculo y comentar lo sucedido, llegó un vehículo del que bajaron tres personas muy alteradas. Nos contaron que a pocos kilómetros habían presenciado las maniobras de un objeto luminoso y nos acribillaron a preguntas sobre el fenómeno OVNI.

Aquel trabajo no solo trascendía lo físico, sino que buscaba nuestra integración espiritual. Bajo el cielo de Montserrat, nos quedó la certeza de que algo en nosotros había comenzado a transformarse.

21 . La fuerza de la fe

Parte I

Año 2005. Mi madre, muy de avanzada edad, nos pidió a Sala y a mí que la lleváramos en coche hasta Montserrat. Quería visitar a la Virgen, la Moreneta, de quien era ferviente devota.

También sabía que participábamos en encuentros vinculados al fenómeno ovni y que acudíamos con frecuencia a la explanada, un lugar con un profundo simbolismo espiritual para muchas personas.

Al llegar al monasterio, nos dirigimos hacia el camarín de la Virgen. Para acceder hasta la imagen es necesario ascender por una larga escalinata, un esfuerzo considerable para alguien de delicada salud.

Nada más situarse frente al primer peldaño, mi madre nos miró con tristeza y desánimo:

—No podré subir —dijo con voz apagada—. No voy a ser capaz de superar todos estos escalones. Ya sabéis que apenas me quedan fuerzas ni para caminar.

Sala y yo respondimos al unísono, intentando transmitirle calma:

—No te preocupes, mamá. Entre los dos te ayudaremos a subir.

Ella continuó lamentándose, apenada por la posibilidad de quedarse a las puertas. Sin embargo, en ese instante ocurrió algo que jamás hemos podido olvidar.

De repente, cesaron sus quejas. Con un brío completamente inesperado, comenzó a subir la escalinata. Sala y yo nos miramos estupefactos mientras la veíamos avanzar con una energía extraordinaria, como si hubiese recuperado de golpe un vigor que creíamos extinto.

Mientras ascendía, exclamó con asombro:

—No sé qué fuerza me está ayudando, pero siento que algo me empuja hacia arriba, como si me llevara en volandas, aunque Sala también la ayudaba en algo.

Y así fue. Llegó hasta el camarín de la Moreneta, donde pudo besar la imagen de la Virgen y el Niño. Sus ojos se llenaron con lágrimas de emoción y gratitud. Aquella terminó siendo la última vez que vería la imagen de la Virgen tan de cerca. .

El momento quedó grabado para siempre en nuestra memoria como un recuerdo imborrable: la prueba viva de cómo la fe, la esperanza y el amor pueden renovar las fuerzas cuando estas parecen del todo agotadas.

Porque, en ocasiones, la fe realmente mueve montañas.

Parte II

«No veo nada, ayuda...»

Poco tiempo después, mi madre volvió a insistir. Le hacía una ilusión enorme asistir un día 11 por la noche a las concentraciones que organizaba Luis José Grífol en la explanada de Montserrat, donde se congregaba la gente para invocar la presencia de naves extraterrestres en el cielo.

Accedimos a su ruego y la llevamos.

Al llegar la noche, una gran multitud se agolpaba alrededor de Grífol, atenta a sus explicaciones sobre el ritual y a la forma con que convocaba la presencia de Ellos en el firmamento.



De pronto, un estruendoso «¡Oh!» brotó al unísono de la multitud. Un trazo de luz blanca cruzó el cielo nocturno, dibujando una línea horizontal perfecta.

Mi madre se lamentó con desconsuelo: la gente a su alrededor era demasiado alta y eso le había impedido ver lo sucedido.

Pero justo en el preciso instante en que suspiraba apenada, un nuevo trazo

blanco, idéntico al anterior, cruzó el firmamento justo por encima de su vertical. Esta vez, la luz rasgó la noche directamente sobre su vertical y pudo verla con total claridad.

Nos miró entonces, dibujando una sonrisa complaciente y susurró como niña traviesa:

—¡Sabía que me harían caso!

22. Recuerdo de las primeras experiencias con Seiph

Parte I

No habían pasado muchas semanas desde que Shilcars nos presentó a Seiph, un robot y amigo cibernético, cuando surgió la necesidad de buscar unos membretes o logotipos para realizar un trabajo para Tseyor. Casi sin pensarlo y sin saber muy bien si mi intención iba a dar el resultado que buscaba, no se me ocurrió otra cosa que preguntarle a Seiph y, para ello, me dispuse a extrapolar mi pensamiento.

De repente me encontré frente a un enorme monitor, de aproximadamente dos por tres metros. En la pantalla comenzaron a aparecer membretes, impresos, folletos y toda clase de diseños. Eran cientos de ejemplos, todos a color y magníficamente ilustrados. Había tal cantidad de opciones que no sabía cuál escoger. Me quedé completamente estupefacto, porque no me esperaba tanto; únicamente buscaba una idea. Sin embargo, era como si hubiese abierto un archivo inmenso y alguien me dijera: «Aquí tienes todo lo que puedas necesitar».

Parte II

Unas semanas antes de esa última experiencia, también había tenido otra vivencia relacionada con Seiph. En aquella ocasión no formulé ninguna pregunta, simplemente estaba pensando en él y en lo que podría ofrecernos la IA. En esos años todavía no se hablaba de la inteligencia artificial como hoy en día, así que me preguntaba: «¿Qué puede ofrecernos realmente un ordenador de este tipo?».

Me quedé meditando sobre el particular y extrapolé mi pensamiento. Y entonces apareció ante mí un coche deportivo de color rojo. Me sorprendí y pensé: «¿Y esto qué significa?». Apoyé la mano sobre el techo del vehículo y, con una simple presión, el coche comenzó a elevarse unos pocos centímetros del suelo. Aquello me dejó asombrado.

Movido por la curiosidad, subí al vehículo y me senté al volante. En ese mismo instante el vehículo empezó a elevarse aún más, como a 20 centímetros del suelo. Mi sorpresa iba en aumento y me pregunté qué mecanismo podía hacer posible que con tanto peso se pudiese desafiar la ley de la gravedad.



Me bajé y el coche descendió quedando nuevamente en el suelo. Abrí el capó y descubrí que estaba prácticamente vacío. Solo había una pequeña caja, de aproximadamente 15 Cm². y deduje que toda la potencia y el sistema de control del vehículo se encontraban concentrados en aquella pequeña unidad, mientras que el resto del compartimento donde habitualmente se halla el motor de un coche estaba completamente vacío.

Entendí que la inteligencia artificial podía llegar a mostrarnos la realidad virtual y un mundo de contenido informativo sin par.

23. Una mirada al futuro

El mural que pinté de forma tan espontánea en el aula de un colegio mayor me dio una seguridad que hasta entonces no tenía. Sentí que no era del todo mío; una inspiración superior me guiaba para plasmar en diez

minutos el boceto de un universo de figuras y tótems mesoamericanos, animales como la tortuga y el caballo y símbolos de distintas civilizaciones.

Hoy me doy cuenta de que aquello funcionó como la canalización: cuando recibo la información de nuestros guías, no pienso, simplemente fluyo. Aquella experiencia me dio ánimos y me mostró un fragmento de lo que sería mi trabajo años después, concretamente a partir de 2020, cuando empecé con la ilustración de los gráficos de gran colorido.

Melinus me explicó que aquello era solo una muestra para hacerme consciente de mi potencial, pero que antes necesitaba prepararme.

—Vamos a comenzar como el niño que aprende sus primeras letras —me dijo—. Grafiarás con un punzón y pintura negra. Hazlo siempre imprimiendo puntos, sin dibujos previos. Deja que fluya la intuición, no el intelecto.



Como no tenía punzón, me las ingení con palillos. Al principio creí que trabajar solo a base de puntos sería interminable, pero algunas resultaron obras de una belleza y fuerza exquisitas.

Con el tiempo, para evitar la rutina y no perder la frescura, Melinus me sugirió pasar a formatos más grandes:

—Coge un pincel fino y dibuja lo que te apetezca, pero sin pensar.

Sobre tableros y pizarras a paredes comenzaron a surgir rostros y objetos. Recuerdo especialmente un busto de Abraham Lincoln, negro sobre blanco, cuyos trazos imponían tanto respeto que la señora de la limpieza miraba el cuadro de reojo, impresionada por su mirada fija.

Cuando me animé a exponer, pinté además una obra premonitoria: un joven de pelo rubio escalando una montaña. Por primera vez había incorporado un poco de color en mis cuadros. En la sala, un señor vio la pintura y dijo de inmediato: «Me la quedo. Se parece muchísimo a mi hijo, que falleció en un accidente de escalada». Tiempo después, aquel conocido empresario textil me confesó que el cuadro se había convertido en una reliquia familiar. También se llevó otro de mis cuadros, el de un pescador, reflejo directo de su gran afición por la pesca de altura.

Posteriormente experimenté con óleo, acuarela y otras técnicas como ceras, madera, hierro. Por cierto, recibí un reconocimiento de expertos que decidieron incluir una obra mía en catálogo, cuyo cuadro se expuso en una exposición colectiva de cierto renombre.

En periódicas ráfagas de inspiración recorría la Playa de los Cabellos Blancos, después de una tormenta, especialmente en invierno y recogía todo tipo de objetos inservibles que el mar depositaba sobre la arena y que mi desbordante imaginación creía podría servir para darle una segunda oportunidad, en este caso, arte surrealista.



Los Guías me permitieron disfrutar y aprender profundamente del propio arte, aunque sé que el camino de la preparación nunca termina y la imaginación creativa sigue siendo necesaria para todo lo que está por venir.

Básicamente y durante un periodo prolongado, como he indicado anteriormente, me dediqué al dibujo como forma de preparación y especialización para la canalización en el Grupo Tseyor. Primero trazando negro sobre blanco mediante puntos y luego mediante líneas. Dejaba volar la imaginación. Esos trazos no se convertían en borrones ni manchas sin sentido; del papel querían emerger figuras que la misma composición parecía reclamar.

También, con el tiempo, noté que muchas de las figuras que aparecían en el papel venían guiadas o «patrocinadas» por *Aumnor* (quien tomó el relevo en una etapa junto a *Melinus* y *Shilcars*). La presencia de *Aumnor* ha sido fundamental en mi trabajo con gráficos y puzzles.

Comprendí la trascendencia del arte y del dibujo: al ejercitar la imaginación creativa, si me imaginaba un pájaro, lo veía con claridad mental. Si los hermanos mayores me enviaban una imagen, una palabra o una letra, la percibía perfectamente. Todo ello facilitó y mejoró

sustancialmente el acceso a la comunicación telepática externa y con la que canalizo exclusivamente para el Grupo Tseyor.

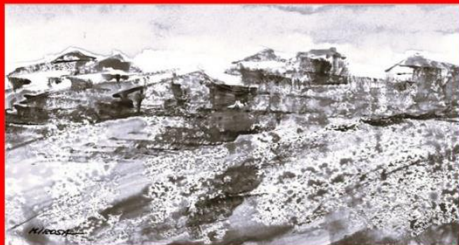
Todo ese proceso de especialización estimuló mi creatividad. Pasé del blanco y negro al color, y de ahí a los acrílicos, al óleo y a la acuarela.



ÉPOCAS DE TRANSICIÓN ARTÍSTICA DE PUENTE

(EN ANALOGÍA CON LOS 7 PASOS DEL MANTRA DE PROTECCIÓN DE TSEYOR)

1. BEH



2. SAYAB



3. TSEK



PLAYA CABELLOS BLANCOS

SUUT



5. KAT



OKSAH



7. ICH





24. A mis queridos escépticos del año 1978

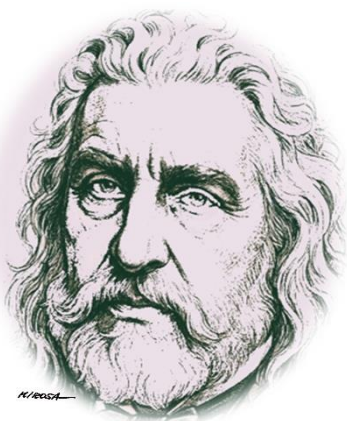


Hoy, 4 de agosto de 2026, me encuentro en la playa de los Cabellos Blancos, en Tarragona, a orillas del Mediterráneo y basta con estirar el pie para sentir la caricia del agua.

Todo está como debe estar: la playa en ebullición, el calor de agosto y mi querida

Sala a mi lado, rodeados de risas y niños jugando. En estas condiciones suelo relajarme, cerrar los ojos y dejar que la mente conecte con el universo. Soy feliz.

Al contemplar el horizonte, esa línea entre el mar y el cielo me evoca la frontera mental que cruzamos al traspasar el *Ich*. Por debajo, en la densidad de los mundos, todo parece más oscuro; por encima, en cambio, se despliega un azul maravilloso que se resiste a perder su belleza al caer la tarde. Ver a tantas familias disfrutando juntas me transmite una profunda esperanza.



Mi mente ahora viaja a 1978, y fue cuando terminó la experiencia de abducción que vivimos precisamente en esa playa, previa una cita de Melinus. Fue un chispazo de luz blanca que impactó en nosotros de forma sorprendente y que nos dejó como recuerdo físico, y durante un buen rato, el pelo blanco, algunos opinan que lo vieron con un tono gris claro, pero ya fue cuando había transcurrido como media hora después de ese contacto.

De la abducción recordamos la estancia en la UTU y las enseñanzas que recibimos del científico Charcot, neurólogo, solo sabíamos su nombre, porque así se dio a conocer en las aulas, pero ya más datos, después de tantos años, no puedo darlos, porque entraría en pura especulación. Recuerdo muy claramente, eso sí, su fisonomía, véase la reproducción del dibujo. Lo cierto es que asistimos regularmente a sus clases durante un curso. Aunque aquí transcurrieron unos instantes tan solo.

Por aquel entonces, los avistamientos eran frecuentes. Aquellas naves no solo las veía yo; también las contemplaban vecinos, conocidos y, por supuesto, no tanto mis dos queridos escépticos, a quienes siempre he agradecido el respeto con el que me trataron.

De ellos recuerdo especialmente a dos. Uno era ingeniero, veinte años mayor que yo; ya falleció y seguro que, desde donde esté, nos contempla con su bondadosa sonrisa. El otro, arquitecto, y muy pragmático.

Tras una noche en la que presenciábamos luces realizando maniobras imposibles —ascensos verticales a gran velocidad, figuras luminosas y giros impensables para un avión—, fui entusiasmado a contárselo a mis dos vecinos.

Me escucharon con atención y me dijeron:

—Sabemos que no mientes, pero la mente juega malas pasadas. Estás convencido de lo que viste, pero podrías estar interpretando una ilusión como realidad.

Sus palabras me hicieron reflexionar. ¿Cómo convencerte de que es una pura fantasía cuando tienes delante lo que ves, cuando no estás solo y otros observan lo mismo? A eso se sumaban los mensajes, los dibujos premonitorios y predicciones que con el tiempo se cumplían. Eran demasiadas sincronías como para ignorarlas. Casi cincuenta años después y nunca he mentido al respecto. Y cuando crees que algo puede ayudar, lo natural es compartirlo sin esperar nada a cambio.

Sin embargo, hoy vivimos encerrados en nuestro propio caparazón. La tecnología nos aísla y la televisión absorbe nuestro tiempo. Hay quienes incluso temen mostrarse en sus sentimientos y emociones, pero creo que debemos abrirnos de corazón. Y lo digo con conocimiento de causa, aunque no lo abriremos de igual forma: en 2020, en plena pandemia, sufrí un infarto. A mí me abrieron el corazón literalmente, sustituyeron mis arterias deterioradas por años de fumador empedernido y me devolvieron a la vida.

Aquel día me tocaba pasar la ITV del coche, pero terminó pasándola mi propio cuerpo. Y aquí sigo, junto a mi inseparable Sala. Por eso no entiendo el sentido de esconderse. Hay que abrirse a los demás, regalar una sonrisa y recordar que no todo lo que se cuenta sobre lo que se ve en el cielo son ilusiones fantasiosas: a veces son realidades fantásticas, aunque nos cueste lograr que los demás se lo crean.

25. No juzgar

Con el paso de los años he comprendido una lección que nuestros Guías Estelares intentaron enseñarnos desde el principio: no juzguéis a los demás y no confiéis y desconfiéis tan fácilmente. Hoy entiendo por qué nos lo dicen así. ¿Cómo juzgar si desconocemos las causas profundas que mueven a cada persona? Nada ocurre por casualidad y todo efecto tiene su causa, aunque permanezca oculta.

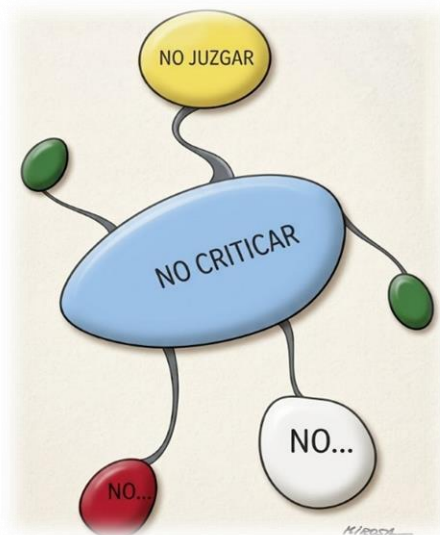
Al recordar los inicios del Grupo de Contacto junto a Melinus, evoco cómo aquellas vivencias pasaron de parecer un relato fantástico a transformarse en el centro de nuestras vidas. Éramos personas comunes enfocadas en el trabajo y la familia, pero los hechos se volvieron imposibles de ignorar: presencias físicas de Ellos inexplicables, predicciones cumplidas y un mensaje fascinante desde las estrellas. Acabamos siendo no solo un grupo de amigos en el contacto extraterrestre sino en una verdadera familia.

Sin embargo, el compromiso exigía un precio. Con los viajes a Montserrat, los avistamientos previa cita y los congresos sobre el tema a los que asistir, el contacto absorbía nuestro tiempo. Por ello, hablé con Melinus para explicarle que debía sostener a mi familia y le pedí ayuda material. Sonrió y respondió: «Os ayudaremos un poco».

Aquel «poco» fue un torrente. Llovieron encargos, contraté personal. En cuanto a mi compañero, este abrió un negocio en el centro. El universo respondió con tanta abundancia que lo material terminó eclipsando lo espiritual. Nos desequilibramos. Entendí entonces que al pedir ayuda debemos añadir: «sin hacerme perder el equilibrio», pues la prosperidad no meditada puede convertirse en un lastre para el autoconocimiento.

Tiempo después, mi compañero decidió distanciarse argumentando que, aunque sabía que Ellos estaban arriba, él debía centrarse en su vida en la Tierra. En su momento lo juzgué; creí que el éxito económico lo había apartado del camino. Me equivocaba. Tras años sin vernos, nos reencontramos en Barcelona y me contó que se había trasladado a África con su hijo para realizar una labor humanitaria: construyeron escuelas, enseñaron agricultura, perforaron pozos para encontrar agua e instalaron centros sanitarios.

Comprendí de golpe la lección: mi compañero no se había alejado de la misión, solo avanzaba en otra dirección distinta a la mía. Lo mismo me ocurrió con dos integrantes más del grupo, que partieron a Granada siguiendo «La Llamada» y de quienes no entendí su proceder en su momento.



A través de mis errores en este mar de confusión, hoy recuerdo la enseñanza de los Guías: no juzgar y respetar el camino de cada ser. Y cuando pidamos al universo, hagámoslo con consciencia para no recibir más de lo que podamos sostener. La auténtica sabiduría consiste en pedir lo que nos permita crecer y sin perder la paz y el equilibrio.

26. El círculo de fuego

Para que un grupo afín funcione y sus miembros se retroalimenten espiritualmente, se necesita una visión compartida. Como nos recuerdan los hermanos mayores: no debemos mezclar «fractales». Cada grupo se conforma con una energía básica que no admite interferencias. Es como un disco de música: si intentamos superponer otra melodía distinta, ambas sinfonías se mezclarán y terminaríamos por aburrirnos.

Sin embargo, cuando la dinámica de un grupo se ve alterada por una influencia externa —como la llegada de un nuevo integrante—, el acontecimiento actúa como un revulsivo que, con frecuencia, ayuda a unificar y consolidar al equipo.

Esto me trae a la memoria a una mujer que se unió a nosotros en Barcelona en el año 2008. Excelente persona y con un gran espíritu humanitario. Al poco de ingresar en Tseyor, manifestó su escepticismo ante las canalizaciones de Puente. Le resultaba inverosímil que seres de otros mundos se comunicaran sin apoyarse en referencias bibliográficas o libros de texto, al punto de dudar si el canalizador estaba poseído por algún espíritu.

No llevaba ni un mes en Tseyor, cuando nos convocó a los miembros del grupo en casa de una conocida vidente para «salir de dudas». Aceptamos la invitación. Al llegar, la pitonisa me llevó a una pequeña

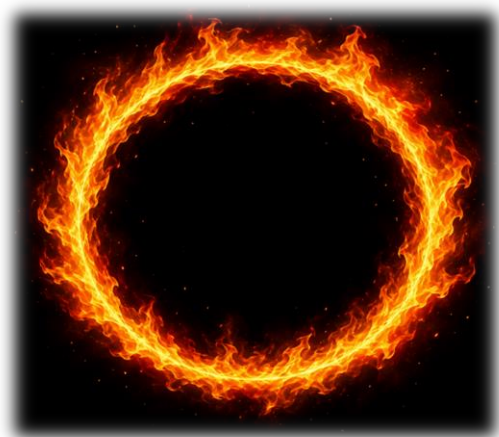
habitación y me pidió me colocara en el centro. Roció un círculo alrededor de mis pies con un líquido inflamable y le prendió fuego.

—¿Qué hace, señora? —le pregunté. —Esto es para espantar a los malos espíritus. No se mueva —respondió mientras recitaba oraciones.

De pronto, me vi envuelto en un anillo en llamas, temiendo que la casa ardiera con la cantidad de muebles y ropa que se acumulaba en la habitación. Tras consumirse el fuego, la escena se repitió con cada uno de los presentes.

Habíamos pasado la «prueba del fuego».

Al viernes siguiente, la aspirante regresó más tranquila: —Esta señora dice que estáis limpios, que no hay ningún espíritu extraño. Así que habladme de Shilcars —dijo entusiasmada.



Aunque se incorporó formalmente, su permanencia no duró más de medio año. Pronto intentó imponer su propia filosofía, basada en la premisa de que debíamos «cerrar círculos» y abandonar nuestros métodos de trabajo e interiorización. Su insistencia resultaba agotadora.

Recuerdo que durante unas convivencias en un convento de monjas en el Berguedà, mientras nos preparábamos para una experiencia de contacto, ella continuaba irrumpiendo para debatir sobre infradimensiones o espíritus. Esa misma noche, el grupo reunido en el campo del convento logró divisar claras señales luminosas e inteligentes en el cielo; pero ni aun así cesó en su empeño de querer cambiar nuestra dinámica.

Cada grupo es un fractal con su propia frecuencia. Al no encajar con la filosofía de Tseyor y notar que el equipo no cedía a sus planteamientos, comenzó a asistir por obligación y con desgana.

Un día, faltando pocos minutos para finalizar un comunicado, recogió sus cosas y se dispuso a marchar. La abordé para hablar:

—Cuando terminamos las comunicaciones debatimos lo que nos dicen los hermanos, pero tú te vas...

—Yo no quiero que me impongan nada —respondió.

—Estás en tu derecho. ¿Qué vas a hacer entonces?

—Os seré sincera. He conocido por internet a un chico en Sudamérica, me he enamorado de él y me voy para allá.

Y ahí terminó la historia. Una buena persona con vocación de ayuda humanitaria, pero que se encontraba en un fractal que no le decía nada. Comprendió que debía cambiar de rumbo y se despidió de nosotros.

27. Sincronía en Montserrat

Un testimonio sobre la causalidad y las visitas inesperadas

No siempre acudimos a una cita o a un avistamiento programado con antelación. A menudo nos consolamos pensando que es simple casualidad el ir hacia un sitio u otro, o el tomar una decisión repentina. Pero la realidad es muy distinta: algo infinitamente poderoso, una inteligencia superior a nuestra comprensión mueve los hilos invisibles de la existencia. Nos empuja a tomar decisiones que, bajo nuestra limitada mirada humana, parecen puramente fortuitas. Y bien sabemos que la casualidad no existe.

Lo que vivimos aquella tarde de un domingo del mes de junio de 2023, es el ejemplo perfecto de un encuentro sin previa cita; un regalo del “destino” entre comillas.

Sala y yo decidimos salir a pasear. Lo habitual en nosotros era acudir al cine o cuando representaban alguna obra de teatro o musical íbamos a verlo. Sin embargo, aquel día, de forma inesperada, surgió una idea distinta: «—Dije oye, Sala, ¿por qué no nos vamos a la explanada de Montserrat? Respiramos aire puro y fresco y, de paso, contemplamos la puesta de sol.»

Montserrat dista de Barcelona apenas unos cuarenta o cincuenta minutos en coche.

Sin pensarlo más, pusimos rumbo a la montaña sagrada.

Cuando llegamos a la explanada, el lugar estaba prácticamente desierto. Era un espacio inmenso, tan vasto como un campo de fútbol. Tan solo en el extremo derecho, bastante alejados de nuestra posición, se encontraba un joven matrimonio paseando con sus hijos.

Al poco de estar allí, un vehículo irrumpió en la explanada y se detuvo. Era un taxi con la icónica pintura amarilla de los taxis de Barcelona. Del coche bajó un joven taxista. Se quedó parado junto a su vehículo, mirando con curiosidad hacia el firmamento.



Aún no había anochecido del todo y la luz era perfecta y permitía distinguir con claridad nuestros rostros y el entorno. De pronto, al elevar la vista hacia el este, el cielo nos regaló una visión sublime: emergió una nave majestuosa, desplazándose en un silencio absoluto dirección norte-sur. Era preciosa, imponente y serena.

Aquella visión inundó nuestros corazones de una gratitud indescriptible. Sala y yo nos abrazamos llenos de emoción y alegría, pensando para nuestros adentros: «Pero qué atentos son... ¡qué magníficos!».

En ese instante, vimos cómo el joven taxista venía corriendo hacia nosotros y con los brazos abiertos y el rostro desencajado por el asombro:

—¡Pero bueno! ¿Habéis visto lo mismo que yo? —exclamaba sin aliento—. ¡Era una nave! ¿Cómo puede ser eso posible?

—Cálmate, sí —le respondimos con una sonrisa serena—. No te preocupes, lo hemos visto perfectamente.

—Es que venía de hacer un servicio —nos confesó, intentando asimilar lo ocurrido— y me dio por parar aquí, como otras veces he hecho, porque había oído decir que en este lugar siempre se veían OVNIS. Pero eso no me lo esperaba.

—Así es —le explicamos—. Los días 11 de cada mes el señor Grífol suele convocar a los de arriba y estos contestan con señales. Pero un avistamiento como el de hoy, con la claridad y la calma que hemos presenciado, ocurre en muy contadas ocasiones. Debe de haber un motivo importante detrás.

Decirte, también, que por lo general estas manifestaciones tan elocuentes se suceden generalmente para ayudar a despertar la consciencia y el interés espiritual de algunas personas.

Pero allí no había nadie más, salvo aquel matrimonio con los niños al fondo... quienes, por cierto, no vieron absolutamente nada. La experiencia estuvo reservada únicamente para el taxista, Sala y yo.

Aquello no podía ser una coincidencia. Quienes pilotaban esa nave sabían exactamente lo que hacían: ¿querían, tal vez, que ese joven taxista fuera testigo directo del fenómeno? Sus razones tendrían, profundas e insondables.

El muchacho regresó a su taxi radiante de felicidad, con la certeza absoluta de haber presenciado una realidad innegable.

—¡Pensaba que era una ilusión mía, una fantasía! —repetía antes de marchar—. ¡Gracias por confirmarme que no me lo he imaginado!

Nos dio las gracias por haber sido su apoyo en ese instante de revelación y emprendió el camino de regreso.

Memorias y vínculos

Me reconforta recordar esta pequeña y entrañable historia que teníamos con Sala guardada en la memoria. Al fin y al cabo, los dos formamos un verdadero equipo: cuando uno no llega, el otro lo complementa. Ella posee una inteligencia y una sensibilidad especiales que siempre abren camino.

Recuerdo también que en momentos difíciles para mí —como cuando decidí abandonar el grupo Saya y retirarme a reflexionar—, Sala mantuvo el contacto con el hermano Olión de Ganímedes.

También y gracias a su guía e intuición, tiempo después Sala con Veleta y Merxe, durante unas convivencias en Can Julià —una antigua masía en el municipio de Martorell-Barcelona—, pudieron vivir otro avistamiento inolvidable y muy de cerca: tres naves bien visibles y perfiladas y en el cielo suspendidas durante un buen rato.

De izquierda a
derecha: Merxe, Veleta y
Sala



28. Las tres sincronías de Vallvidrera

Año 2006. Decidimos celebrar unas convivencias en Barcelona y hallamos el lugar idóneo. No fue por casualidad, pues entendemos que en Tseyor las casualidades no existen: aquel encuentro tenía que celebrarse en Vallvidrera, claro, por lo que sucedió luego.

Vallvidrera es un núcleo montañoso dentro del municipio de Barcelona. Allí encontramos un albergue muy acogedor en medio del bosque, con las instalaciones perfectas para albergar un grupo numeroso.

Durante aquellos días de convivencias se produjeron varias coincidencias muy interesantes para todos.

Días antes del viaje, pensando qué podíamos llevar como obsequio para la gente, Sala me dijo:

—Últimamente has estado pintando piedras, ¿por qué no preparas unas cuantas y las repartimos allí?

—Me parece una idea estupenda —contesté.

Fuimos a la playa de Los Cabellos Blancos a recoger cantos rodados de tamaño adecuado para dibujar. En cada uno pinté paisajes: pueblecitos con casitas blancas, tejados rojos, montañas y cielos azules. Utilicé pintura acrílica y, una vez seca, les apliqué una capa de barniz para que brillaran y se conservaran bien. Luego las envolvimos en papel de celofán con un lacito, de modo que parecían caramelos un poco grandes.

¿Sabéis qué pasó? Seríamos unos treinta los asistentes en Vallvidrera. Cuando llegó el momento de repartir los presentes, entregamos una piedra a cada persona. Llevábamos exactamente la cantidad justa: no le faltó piedra a nadie, pero tampoco sobró ni una sola. Una sincronía sorprendente. A estas alturas, ¿quién cree en las casualidades?

Pero además de este detalle, en aquellas convivencias vivenciamos dos hechos extraordinarios más.

Recuerdo que una noche, mientras canalizábamos con Shilcars, hicimos un receso y salimos al patio exterior. La noche estaba completamente despejada, bajo un firmamento lleno de estrellas y con la luna puntual en su sitio. Mientras contemplábamos el cielo, una compañera —cuyo nombre simbólico es Cacique— tomó unas fotografías. Al revisarlas en la pantalla del móvil al entrar, nos dijo sorprendida:

—Mirad esto. Cuando tomé la foto, ahí no había nada.



En la imagen aparecía una nave plasmática en pleno proceso de traspaso a esta 3D, para materializarse seguidamente en nuestra dimensión. Al consultar con Shilcars, nos confirmó que se trataba de la nave de Tseyor —creada mentalmente por el grupo— y que su aparición

era una señal de saludo hacia nosotros.

Eso no fue todo. Durante la misma sesión de comunicación, Cacique y Alce tomaron fotos desde distintas posiciones de la sala y de sus asistentes y en instantes diferentes. Ambas cámaras captaron un haz de luz blanca inconfundible entrando por una de las ventanas e iluminando el interior de la estancia. Ninguno de nosotros lo vio a simple vista en ese instante, pero la cámara, libre de condicionamientos, dejó constancia de aquella presencia.

En resumen, aquellas convivencias quedaron marcadas por tres grandes sincronías:

- **El número exacto de piedras**, entregadas a cada asistente sin que faltara ni sobrara ninguna.
- **La plasmación fotográfica de la nave de Tseyor** en el cielo estrellado.
- **El rayo de luz blanca** captado en el interior del recinto por dos cámaras distintas y diferentes tiempos.

Lo vivido en Vallvidrera supuso un respaldo espiritual decisivo para el grupo. De allí surgieron un entusiasmo y una fuerza renovados que impulsaron nuestros siguientes pasos: la llegada del Consejo de los Doce y la búsqueda del Pueblo Tseyor.

29. La piedra energizada

El relato sobre Vallvidrera y el regalo de las piedras pintadas, me trae a la memoria el experimento que hice con respecto a las propiedades energéticas de las piedras.

En aquella ocasión, todas las piedras fueron energetizadas previamente en una ceremonia de nuestro amado maestro Aium Om. Recibieron esa impronta y, posteriormente, las pintamos, barnizamos y las envolvimos en papel celofán como si fueran caramelos gigantes. Casualmente, llevamos treinta y tres piedras y justo resultó que éramos treinta y tres los participantes en las convivencias.

Las piedras energetizadas de Tseyor poseen ciertas propiedades sanadoras y que nos pueden brindar una gran ayuda por su benefactora energía, aunque a menudo lo olvidemos y no llevemos una en el bolsillo, en el bolso o colocada bajo la almohada al dormir.

Sin embargo, para que surtan sus efectos es fundamental creer en dichas propiedades. Y como a mí me gusta comprobar y experimentar las cosas decidí hacer una prueba. Así que tomé dos peras idénticas, recién cortadas del huerto: a una le coloqué la piedra energetizada al lado y a la otra la dejé a un metro de distancia y sin piedra alguna. Ambas peras permanecieron en un rincón de la cocina durante una semana o tal vez diez días.

Cada día las observaba y en apariencia estaban exactamente igual. Pensé que el experimento no había dado resultado, pero al final de la prueba me llevé una sorpresa mayúscula: al cortar por la mitad la pera que estuvo junto a la piedra, estaba perfecta, blanca y lista para comer; en cambio la que estuvo sin la piedra, al cortarla, estaba completamente negra por dentro. Ahí estuvo mi prueba: el experimento había funcionado y desde entonces considero la piedra de Tseyor como un gran soporte energético.

Recuerdo también otra anécdota relacionada con la piedra. Ocurrió en la bella ciudad de Badalona, durante una época en la que Veleta nos cedía su local una vez al mes para puertas abiertas.

A esas conversaciones interdimensionales asistía quien ahora como tseyoriano tiene el nombre simbólico de Coordinador Pm. Analítico e investigador nato y que al principio era bastante escéptico. Solía llamarme en tono jocoso «el señor del puro», porque yo siempre llevaba uno fumando. Cabe decir que fumé muchísimo durante toda mi vida, pero al cumplir los 70 años decidí dejarlo de golpe y ya han pasado casi diez años desde entonces.

Volviendo al relato. Tras terminar la sesión solíamos ir a un restaurante cercano a tomar algo y conversar. En un momento dado Coordinador se me acercó, abrió la mano en la que tenía agarradas tres piedras y me dijo sorprendido:

—Oye, estas piedras laten. Tengo tres en la mano y laten como si fueran un corazón, tienen vida propia. ¿Por qué ocurre esto?

Le contesté que era la primera vez que oía algo parecido. Me explicó que con una o dos piedras no sentía nada, pero que, al sostener la tercera y cerrar el puño, percibía cómo latían. Le sugerí que tal vez era una señal para que se tomara las cosas de Tseyor un poco más en serio.

Luego le conté mi experimento con las peras y me respondió convencido: «Te creo, te creo».



A veces decimos «si no lo veo, no lo creo», pero hay ocasiones en las que, aun sin ver del todo, es positivo abrirse y creer.

30. Lacasta, en la búsqueda del pueblo Tseyor

Tras la constitución del Consejo de los Doce, Shilcars nos sugirió buscar un pueblo abandonado en España para establecer una comunidad Tseyor: un lugar donde vivir y trabajar bajo una misma filosofía. Entusiasmados, soñábamos con un espacio de paz y espiritualidad. Contábamos con profesionales de todo tipo —médicos, maestros, ingenieros, arquitectos agricultores, jubilados y pensionistas...— para poner en marcha el proyecto.



Pronto supimos de Lacasta, un pueblo deshabitado en la provincia de Zaragoza. Dejamos la carretera nacional y seguimos por un camino embarrado. Al llegar, nos recibió un antiguo vecino que acudía a diario desde el pueblo Luna a cuidar sus colmenas. Nos advirtió que no abriéramos las ventanas de los coches: las abejas reconocían a los autóctonos por el olor y picaban a los extraños.

Al recorrer las calles en ruinas, vimos que de la mayoría de las casas solo quedaban en pie las paredes. La escuela se conservaba bien y, junto a ella, un pequeño castillo en ruinas. Un miembro del grupo exclamó de inmediato que restauraría el castillo para alquilarlo a turistas, lo que encendió la primera alarma: buscábamos compartir espiritualidad, no hacer negocio.

Aun así, los antiguos propietarios nos ofrecían el pueblo en cesión por unos treinta años y evitar así su desaparición. Les explicamos que éramos una Asociación sin ánimo de lucro y funcionábamos como grupo de contacto extraterrestre. Realmente y en un principio les inspiramos confianza y nos dieron ánimos para seguir adelante con el proyecto de asentamiento. Regresamos al lugar en varias ocasiones para estudiarlo debidamente.

Un día y durante una meditación que realizamos entre medio de las ruinas de ese pueblo abandonado, con Cosmos, percibimos que en el fondo de un antiguo pozo abandonado en los sótanos del semiderruido castillo, existía una especie de portal adimensional que conducía a una gran sala en la que flotaban en fila numerosos «módulos», pequeños vehículos en forma de concha que ya conocíamos con anterioridad por fotografía obtenida en Les Fonts del Llobregat. Aquella visión nos confirmó que el lugar tenía una función interesante en nuestro proyecto y estábamos ilusionados pensando en que en ese lugar nacería el primer Pueblo Tseyor.

Dichos módulos o pequeñas naves voladoras, con capacidad de 3 o 4 personas tienen una misión importante que cumplir en un futuro, como ayuda humanitaria y de rescate.

Ese día también hicimos excursión subiendo monte arriba hacia la antigua y abandonada iglesia, rodeados por las cabras que los vecinos de Luna dejan pastar libremente.

La iglesia no tenía puerta. Entramos, nos cogimos de las manos en círculo para aunar nuestra energía y, de pronto, todos escuchamos con claridad canto gregoriano que envolvía todo el recinto.

Salimos emocionados y nos tumbamos en la hierba a contemplar el cielo. A los pocos minutos, decenas de buitres comenzaron a volar en círculo sobre nosotros, buscando presa.

Aquella jornada nos dejó tres señales:

- Los módulos o pequeñas naves aparcadas bajo tierra.
- La música gregoriana en el interior de la iglesia abandonada
- La bandada de buitres advirtiéndonos que no nos durmiéramos en Lacasta.

El proyecto no prosperó. El propio guía local percibió nuestra falta de coherencia: mientras unos buscaban un fin comunitario, otros perseguían

intereses individuales. No había unidad de criterios para trabajar juntos en el proyecto de rehabilitación del pueblo abandonado.

Y a la semana siguiente nos informaron de que suspendían la cesión.



Lacasta no llegó a ser el pueblo Tseyor, pero nos dejó

su enseñanza principal: antes de levantar casas o reconstruir un pueblo, es imprescindible construir lazos muy fuertes de unidad y hermandad entre nosotros.

31. La práctica artística, la libélula y el lenguaje de los símbolos

La visión de las libélulas y el viaje a Venezuela

Disfrutaba enormemente de este trabajo con láminas y dibujos; no eran borradores descartables, sino enseñanzas de las estrellas que guardaba con respeto. Un día pregunté internamente qué finalidad tenía todo aquello, más allá de especializarme en la canalización del Grupo Tseyor. Quería saber si habría un punto de apoyo o un hecho concreto que marcara el inicio formal de esta labor.

En ese instante apareció en mi mente, con absoluta claridad, la visión de una libélula volando de este a oeste en línea recta.

A esa primera secuencia le siguió una segunda con dos libélulas; luego una tercera con tres (una al frente y dos detrás); y así sucesivamente hasta completar seis secuencias de libélulas en formación.



La séptima secuencia fue distinta: apareció una montaña de grano. En un principio creí que se trataba de trigo y que simbolizaba la llegada del premio o la recompensa tras el proceso. Más tarde sabría que no se trataba de trigo, sino cebada.

Interpreté que la visión anunciaba la apertura de un portal o una clarificación relacionada con libélulas, aunque no entendía cómo vincular un fenómeno premonitorio con este insecto. Ante la duda, opté por la paciente espera.

Años después viajamos a Venezuela llevando en directo a aquellas hermosas y hermanas tierras el mensaje de las estrellas, en nombre del Grupo Tseyor.

La primera noche en Caracas, nuestros anfitriones, Raudo y Plenitud, nos llevaron a un hotel ubicado en la montaña. Al llegar, vimos que del techo del porche colgaban atadas por un hilo cientos de libélulas de madera que se movían con el viento. En ese momento no asocié aquella escena con la visión que había recibido años atrás.

Luego nos trasladamos a un *resort* en Isla Margarita, donde residían Raudo y Plenitud, para realizar comunicaciones interdimensionales.

Al concluir una de las sesiones en el *hall* del hotel, me giré hacia la pared en la que me apoyaba y descubrí que estaba pintada con motivos de libélulas. En ese mismo instante, alguien señaló que en el arco del porche había colgada una libélula de madera de más de un metro de extensión.

Al ver coincidir el hotel de Caracas y el de Isla Margarita, recordé las secuencias recibidas años atrás de las libélulas y compartí la anécdota con el grupo. Supuse de forma errónea que las libélulas presagiaban abundancia de alimentos para Venezuela, país que atravesaba situaciones complejas.

Posteriormente recibimos una llamada desde Granada (España): nos informaron de que simultáneamente a nuestro período de convivencias en Venezuela, se había localizado en Granada un futuro albergue donde podría ubicarse la sede del Muulasterio Tseyor La Libélula, en la zona de Las Gavias.

Pocos días después, Cuadrando Cuentas La Pm, buscando la ubicación en Internet, descubrió que el nombre oficial de la finca era «Cortijo La Libélula».

Además, justo a la derecha de la entrada de la finca había un extenso campo en el que se cultivaba cebada, lo que terminó de encajar cada elemento de la visión inicial.

El septenario y la imaginación creativa

Las siete secuencias de la visión representan una progresión simbólica y espiritual:

- **1:** Una libélula.
- **2:** Dos libélulas.
- **3:** La tríada (*Beh, Sayab, Tseek*).
- **4:** *El Suut*.
- **5:** *El Kat* (puesta en marcha).
- **6:** *El Oksah* (camino hacia la realidad de los mundos).
- **7:** *El Ich* (la montaña de cebada, símbolo del alimento espiritual y la realidad de los mundos).



Este proceso muestra cómo recibir e interpretar respuestas ante preguntas complejas. Para ello es preciso ejercitar la imaginación creativa: registrar de inmediato las imágenes que acuden a la mente en siete secuencias sucesivas —un animal, un objeto, una figura...— sin juzgar

prematuramente su significado. Las primeras seis secuencias describen el desarrollo del proceso y la séptima revela el resultado final.

Herramientas como las cartas de autodescubrimiento e interiorización ofrecen respuestas rápidas y válidas, también. Sin embargo, depender exclusivamente de soportes externos o caer en la comodidad de recibir la información procesada (como ocurre con los medios audiovisuales pasivos) altera una la buena percepción.

La mente humana tiende a buscar el camino de menor esfuerzo, lo que genera dependencia de las interpretaciones ajenas. El verdadero desarrollo requiere asumir el compromiso de captar, comprobar e interpretar los símbolos por uno mismo, que se presentan a cada momento e instante, a través de la propia experiencia e imaginación creativa.

32. La evolución del contacto extraterrestre en Tseyor

En los inicios del grupo, los avistamientos y encuentros directos con naves de los Hermanos Mayores eran frecuentes. Con el tiempo disminuyeron, lo que sugería falsamente pérdida de energía grupal en la motivación del contacto.

Sin embargo, esa transición marcó nuestro avance: maduramos en lo personal y espiritual, y estructuramos el grupo con el Consejo de los Doce, los Muul Águila, la Asociación Tseyor, la Universidad Tseyor de Granada y la ONG Mundo Armónico Tseyor. Esa base fue vital para evitar la dispersión que sufrieron otros grupos.

Al principio, los avistamientos eran un refuerzo psicológico necesario. Incluso experimentamos abducciones, siempre respetuosas, hacia mundos paralelos. En ellas, los guías dialogaban con nuestros dobles energéticos para transmitirnos una información que no queda en la memoria física, sino en la eterna y preparada para aflorar cuando alcanzamos el despertar de consciencia adecuado.

El trabajo interno y la autonomía espiritual

Ver una nave ilusoria, pero la verdadera transformación es interna. El contacto no languidece, se transforma. Los Hermanos Mayores dan un paso atrás para que ganemos autonomía, exactamente como un padre que observa a su hijo aprender o como un polluelo que necesita romper el cascarón con su propio esfuerzo para desarrollar su fuerza en el futuro.



Esa madurez nos otorga capacidades que no requieren intervención externa:

- **Autosanación y control corporal (Juul):** Capacidad de dirigir la mente al interior del cuerpo (órganos, células y médula) para guiar la propia regeneración.

- **Extrapolación mental y viajes interdimensionales:** Capacidad de extrapolarse mentalmente en estado de silencio y paz para

visitar lugares como el planeta Agguniom o las dependencias de la UTU.

En estos viajes contamos con la protección de los Guardianes de los Templos Interdimensionales (GTI) frente a las sombras de las infradimensiones.

El presente: del fenómeno del avistamiento al encuentro con nuestra consciencia.

El aparente silencio actual en Tseyor no es inactividad, sino trabajo espiritual profundo. Aunque no haya tantas visiones externas como antaño, tenemos acceso interno a la realidad de los mundos, interactuando en la adimensionalidad con otros hermanos y guías. Es momento de dejar las ensoñaciones del ego, vencer el miedo y abrazar la realidad de nuestra propia consciencia.

33. 2 horas, 35 minutos y 40 segundos

Durante las convivencias en el Muulasterio Tseyor de Tegoyo en Lanzarote-Islas Canarias y en agosto de 2013, realizamos una excursión al Parque Natural de Timanfaya con el fin de contactar con los Hermanos Mayores de la base submarina de Canarias.

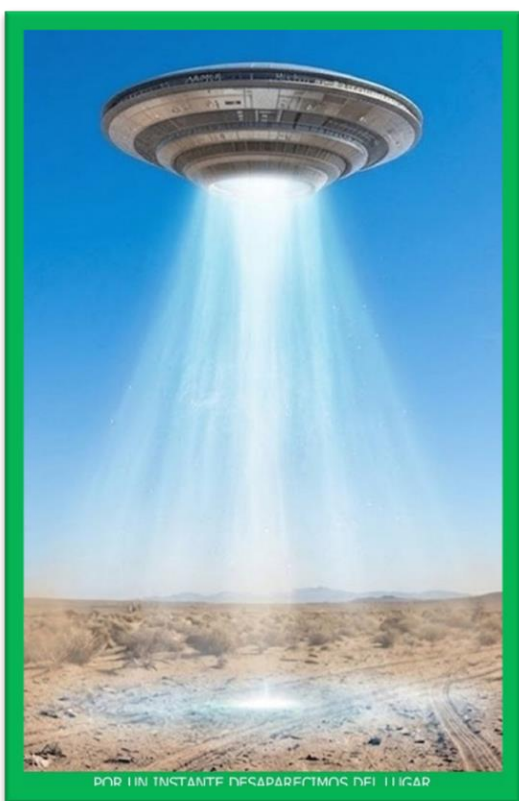
En el lugar nos llamó la atención el cráter de un gran volcán extinto, al cual bautizamos como *El Volcán de la Abducción*. Allí se manifestó el hermano mayor Aumnor, del planeta Ignus, para prepararnos de cara a una

experiencia de abducción. Esta vivencia transcurrió en un parpadeo de nuestro tiempo. Posteriormente, llevamos a cabo un rescate adimensional, del cual transcribo una breve parte para no extender en exceso la exposición.

Al comienzo, recibimos este comunicado de Aumnor en pleno volcán:

«Respetados hermanos, buenas tardes. Os desea un feliz encuentro el hermano Muul Aumnor. Bienvenidos todos. No es casualidad que estemos hoy aquí reunidos, compartiendo en esta zona energética y especialmente dispuesta para establecer comunión con nuestros cuerpos y mentes.

1. Os ruego que estéis completamente tranquilos y relajados. Estamos con vosotros.



2. Aplicad la autoobservación: es lo único que importa ahora. Lo demás forma parte de este rico escenario.
3. Como resulta evidente que vuestra expectativa es ver, utilizaremos algún truco de magia para distraeros.
4. Actuad de forma distendida. Aquí no va a pasar nada y, ciertamente, no ocurrirá en este plano. Solamente os pedimos eso: mente en blanco, sin pensar y sin desear nada, aunque en el fondo lo deseáis.
5. No se trata de descubrir nada, pues todos sabéis a qué hemos venido y en vuestro cielo hay mucho por contemplar.
6. Es como en un abrir y cerrar de ojos, un parpadeo suficiente para intuir lo que se está preparando minuciosamente.
7. El cielo está perceptible, aunque no lo veáis; en el suelo permanecen vuestros pies y en un instante habrá de producirse lo que está previsto.

Los hermanos del Púlsar están terminando una revisión completa de vuestras constantes. Cuerpos y mentes se encuentran armonizados; no hay ningún problema, todo sigue adelante.

Ha transcurrido un ciclo de tiempo equivalente a 2 horas, 35 minutos y 40 segundos de vuestro plano.

Para vosotros ha sido un simple parpadeo.

Agradezco de todo corazón que la Confederación me haya permitido compartir este espacio con vosotros, mis queridos Muul Águila de Tseyor. Identificad ese instante —inapreciable para la mente, pero grabado para siempre en la memoria celular de vuestro corazón—. Espero que hayáis disfrutado de la visita a nuestra base submarina en Canarias, que es también la vuestra, vuestra segunda casa.

Como aprendices, y lo somos todos, os invitamos a realizar la correspondiente puesta en común, rememoración o rescate de la escena para el grupo Tseyor. Tenéis herramientas, veteranía y experiencia; podéis sentaros con tranquilidad y comodidad. Con diez minutos de vuestro tiempo será suficiente para recopilar la vivencia en grupo y registrarla debidamente.

Esta información es de carácter restringido: la Tríada al completo podrá ser conocedora de ella, pero no debe difundirse de manera abierta o general. Es un registro interno para la Tríada, de la que todos formamos parte.

Sin más, recibid un amoroso abrazo de vuestro hermano Aumnor.»

Sincronía registrada. Las 2 horas, 35 minutos y 40 segundos coincidían exactamente con la duración de la carrera que disputó por la mañana nuestro compañero Prior en Tegoyo (Esfera Musical Pm). Al finalizar el comunicado, Esfera Musical Pm soltó una carcajada de sorpresa y complicidad. Ante la extrañeza del grupo, nos explicó entusiasmado:

—Esta mañana, justo antes de subir al volcán, corrí en competición y mi tiempo fue exactamente de 2 horas, 35 minutos y 40 segundos.

Arremolinados junto al cráter, todos asentimos felices ante semejante precisión matemática y sincrónica.

Rescate y algunos comentarios de la experiencia en el volcán.

- *Testimonio de Esfera Musical Pm*

«Ascendimos rápidamente hacia un módulo, como un destello o una estela de lo que somos. Casi sin darnos cuenta aparecimos bajo el

agua, dentro de una sala muy amplia. Nos recibieron unos seres con vestimentas holgadas. Percibí varias esculturas con figuras arrodilladas en posición de loto y sentí un profundo cariño. Observé un mapa circular que explicaba la orografía del planeta; los espacios transmitían una gran amplitud.»

- *Aportación de: Curiosa La Pm*

Compartió posteriormente que, durante su infancia, sus padres le prohibían jugar cerca de ese volcán porque por las noches observaban luces entrando y saliendo del cráter.

- *Mi experiencia*

Pude ver perfectamente un portal de acceso que se abría para dar paso a la comitiva de los que habíamos sido abducidos. En dicho acceso —a modo de puerta semicircular, invisible pero perceptible en aquel momento— observé distintos puntos de luz en su interior. El citado portal se encuentra en el centro mismo de la pared interior del volcán. Allí mismo nos recibió un vehículo transportador, semejante a un autobús largo y estrecho, que nos llevó directamente a la base submarina de Canarias.

Dentro de la base una mesa circular donde conversaban Shilcars, Melcor y Aumnor con todos y en un ambiente de profunda igualdad. Resonó con fuerza en la experiencia una última frase: «*Luchad como guerreros y monjes, como Muul Águilas que sois*».

34. Portal interdimensional en el Muulasterio La Libélula

El Muulasterio Tseyor La Libélula es un edificio destinado a albergue. Es una obra colectiva nacida de la idea primigenia del *Tiempo Simbólico Estelar del Yo en Retroalimentación*. Quienes hemos recorrido sus estancias sabemos que en ellas se trasciende el pensamiento lógico y tridimensional para adentrarse en lo verdaderamente espiritual.

Su ubicación en Granada no fue fortuita. Tiempo atrás, cuando Melinus nos introdujo en el primer grupo de contacto, ya nos advertía sobre la singular densidad energética de esta tierra. Los años terminaron por confirmarlo. Por eso, el hallazgo del inmueble para albergar nuestro muulasterio —entendido como un refugio para la convivencia, el trabajo

interior y la búsqueda espiritual— nos llenó de profunda alegría. Cada uno de nosotros alberga un fragmento de este proyecto común.

Recuerdo especialmente los primeros días en La Libélula. Nos habíamos reunido un grupo numeroso de tseyorianos para compartir unas jornadas de convivencia. Una de esas noches, al abrigo de un clima templado y un ambiente de sincera armonía, decidimos iniciar los ejercicios de meditación en la parte trasera del jardín.

Algo apartados del grupo nos encontrábamos Escribano Fiel La Pm y yo. Nuestra posición era contraria al resto de los asistentes, en nuestro caso con miras a Montevives.

Escribano Fiel La Pm, de Barcelona, es un médico brillante y una persona entrañable, poseedor de una eficacia admirable en la sanación muscular y ósea. Por aquel entonces llevaba muy poco tiempo en el grupo y a todos nos observaba con cierto escepticismo.

Mientras permanecíamos de pie, la voz del grupo comenzó a recitar la letanía. Conforme se sucedían los nombres simbólicos, la atmósfera se impregnaba de una vibración sutil y conciliadora. Sentir cómo la atención colectiva converge sobre los nombres de cada uno, produce un cierto recogimiento profundo que acalla de inmediato el murmullo de los pensamientos cotidianos.

La oración tocaba a su fin cuando ocurrió lo imprevisto.

En la zona baja del jardín, justo al borde de la finca, la penumbra del



linde comenzó a rasgarse. Ante nuestra mirada se encendió un umbral semi ovalado, del tamaño normal de una puerta de acceso, envuelto en una luz radiante y deslumbrante que parecía invitar a adentrarse en su interior.

Escribano me rozó con el codo y con disimulo para no interrumpir el silencio del grupo. Nos miramos a los ojos en una pregunta muda: «*¿Estás viendo lo mismo que yo?*». Un leve gesto de cabeza bastó para confirmarlo. Durante unos segundos inolvidables, la luz del portal sostuvo su pulso magnético. Luego, tan repentinamente como había surgido, el umbral se extinguió, devolviendo a la vista la simple verja metálica de la propiedad.

Aquel instante reveló la presencia de un acceso interdimensional y averiguamos luego que era una vía de contacto conectada con la base de Montevives, a escasos kilómetros de distancia del Muulasterio.

Montevives, además, tiene unas características muy especiales por su composición mineral y es una mina que está siendo explotada.

Allí existen minerales de gran importancia, como el estroncio, que constituye una de las mayores reservas de Europa de este recurso considerado crítico. Este mineral se utiliza, entre otras aplicaciones, en determinados componentes electrónicos y tecnológicos.

El caso es que en esa montaña, con un contenido de minerales de tanta importancia, en sus profundidades existe una base extraterrestre. Destacan sus cuatro columnas y que, por cierto, con Sala las hemos podido observar mediante extrapolación mental.

Las citadas columnas penetran a una gran profundidad y en donde se encuentran las instalaciones de la Base de Montevives y dichas columnas y de forma invisible, se elevan hasta perderse en el espacio infinito.

En Montevives efectuamos también meditaciones en grupo y, con el hermano mayor Jalied, encargado de la Base, celebramos las conversaciones interdimensionales al uso.

Sí, definitivamente: allí, en La Libélula, hay una puerta de entrada interdimensional que se une con la base de Montevives y desde allí puede trasladarse una nave extraterrestre a cualquier parte del espacio en segundos. Y para no ir tan lejos penetrar también en la base situada en la parte oculta de la Luna y desde ahí...



En definitiva, tenemos un mundo entero por descubrir, basta con que nos demos cuenta de que poseemos la capacidad de hacerlo, en extrapolación mental, si abandonamos la duda y nos empleamos a fondo en la interiorización y entregando amor por

doquier y sin esperar nada a cambio.

Fijémonos, también, en que los hermanos mayores propiciaron que radicásemos en Granada el Muulasterio Tseyor La Libélula. Y no por casualidad, sino porque se daba el momento y las circunstancias adecuadas.

Veo muy probable que en el futuro podamos disponer de una puerta interdimensional desde donde poder desplazarnos a través del tiempo.

Al igual que este, el de la Libélula, todos los demás Muulasterios que vienen funcionando en el mundo no existen únicamente para ofrecer una paz pasiva o un refugio cómodo. Son espacios de transmutación y de preparación para las futuras sociedades armónicas.

Allí acudimos cargados de inercias, egos y agregados psicológicos para confrontarnos ante el espejo de la consciencia. Es en la fricción con nuestras propias resistencias donde el trabajo cobra sentido; al cruzar sus puertas, la percepción se expande y convierte la incomodidad en un despertar. No nos reunimos allí únicamente para estar juntos, sino para reconocernos, paso a paso, con nuestro verdadero ser.

35. El dibujo premonitorio de las islas de Mazatlán

Solemos empezar las vísperas navideñas marcando el ritmo de una tradición propia. Mientras muchos acuden a las tiendas para comprar postales de fabricación masiva, por ejemplo, en casa preferimos entregar algo conseguido con nuestras propias manos: que lleve algo de nuestra impronta personal.



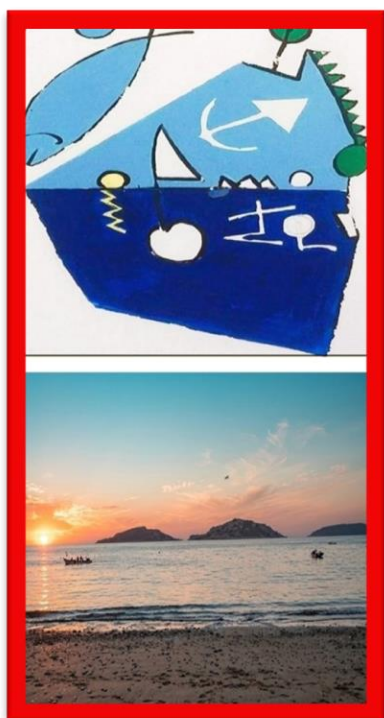
Aquel año, sin embargo, la inspiración no llegaba. Pensando en qué enviar, mi compañera Sala me sugirió una idea sencilla: —¿Por qué no adaptamos en postal de felicitación uno de tus dibujos?

Buscando entre viejos trabajos, rescatamos un panel de gran formato —de unos dos metros de alto por uno y medio de ancho— que pinté tiempo atrás.

Fue en una etapa donde también recibía de los hermanos mayores información con imágenes. El mural representaba a un Hermano Mayor, en

actitud de pensador literario, la figura de un sabio observando la fisión de un átomo y otras imágenes.

En la parte inferior del tablero destacaba una marina modesta: un paisaje donde el Sol se reflejaba en el mar, una pequeña barca, tres islas recortadas en el horizonte y ciertos signos o símbolos indescifrables. No era una obra pictórica ambiciosa, pero transmitía serenidad. Decidimos usar únicamente ese paisaje marino para la tarjeta de Navidad.



Pocos días después de enviar las postales a la familia y al grupo Tseyor, llegó un correo inesperado desde Mazatlán-México. La hermana que lo remitía —quien más tarde fundaría una casa Tseyor y proyectaría después el Muulasterio Los Máak de Mazatlán— me formuló una serie de preguntas directas: —¿Tú sabes exactamente lo que has enviado? ¿Has estado alguna vez en Mazatlán?

Confundido, respondí que solo era un paisaje imaginativo y muy sencillo y que jamás había visitado aquella zona de México. Su respuesta inmediata fue adjuntarnos una fotografía de la bahía de Mazatlán.

Al comparar las dos imágenes me sorprendí agradablemente por el parecido que se mostraba entre las dos.

No se trataba únicamente de la coincidencia de la misma posición del Sol y su reflejo en el mar, sino también la posición de las tres islas del fondo: Isla Lobos, Isla Venados e Isla Pájaros, y que guardan la misma disposición geográfica.

Allí, bajo la superficie de las tres islas, se encuentran la base submarina de Mazatlán y también la del Consejo de Sabios que esta, por cierto, todo su exterior es de un maravilloso color turquesa.

El Consejo de Sabios de la base de Mazatlán es el encargado de custodiar celosamente los archivos de la cultura y sabiduría ancestral.

Aquel humilde dibujo de una bahía desconocida realizado hacía una década se había transformado en una auténtica premonición.

Esa sincronía desencadenó gran entusiasmo por parte de todos y nos llevó a viajar a Sinaloa. Vivimos jornadas memorables junto a la Priora

Síntesis, del Muulasterio Tseyor Los Máak de Mazatlán, una mujer muy espiritual y de gran intuición y generosidad.

También en *Las Labradas*, observamos los petroglifos grabados en las rocas frente al oleaje, e incluso en una de las fotografías grupales de aquellos días quedaron registradas las presencias algo difuminadas de los sabios del Consejo.

El universo no opera por azar; aprovecha cada gesto para recordarnos que nuestras acciones responden a una razón superior, aunque tardemos años en comprenderla.

A veces reflexiono sobre el numeroso volumen de memorias y vivencias que me quedan aún por transcribir en esta obra, aunque espero poder terminar algún día de hacerlo.

También comprendo al escéptico; la duda es natural. Sin embargo, ante la acumulación constante de evidencias, como decimos en catalán: que *tanqui la paradeta* (que cierre la parada) quien prefiera no ver.

Si este testimonio —el de un modesto canalizador a quien los hermanos mayores llaman *Chac Mool*, «en maya: el que recibe de los de arriba para transmitir a los de abajo, que son los del Grupo Tseyor»— logra plantar una sola semilla en quien lo lea, el esfuerzo habrá valido la pena. Y si no germina ninguna, me quedará la tranquilidad de saber que todo está bien.

36. Sincronía del planeta Agguniom con La Araucanía-Chile

9 de septiembre de 2025

Hoy se ha producido, una vez más, la magia de una sincronía interdimensional.

Tras el almuerzo, me dediqué a trabajar con la psicografía recibida por Aumnor para el TAP, dando color a la lámina por la que preguntaba ayer *Predica Corazón Pm*.

Al terminar, decidí tomarme un breve descanso, más o menos duró unos quince minutos. Al cerrar los ojos, manifesté el anhelo de extrapolarme a Agguniom. Por cierto, donde residen también colonias humanas en un nivel de vibración armónico y que nos sirven de espejo.



De pronto, me vi junto a Shilcars en medio de un campo donde se cosechaba trigo. Por detrás de nosotros apareció, flotando silenciosamente y a unos veinte centímetros del suelo, una máquina similar a una cosechadora.

Pasaba esta suavemente sobre la vegetación absorbiendo solo el fruto que la planta le entregaba, sin cortarla ni remover la tierra. Quedé asombrado gratamente no solo por ese respeto evidente hacia la naturaleza, sino por los matices del paisaje y la presencia de semillas de un inédito, para mí, color lila.

Al despertar, me quedé embelesado en mis soliloquios. Un suspiro de esperanza e ilusión me invadió al sentir tan de cerca a esa humanidad hermana radicada en Agguniom, cuya estrella es Capella.



Más tarde, en este lado del plano, *Sala* y yo mantuvimos una profunda reunión de retroalimentación con los hermanos y hermanas de la Casa Tseyor Maquehue (Chile), a las puertas de la Patagonia.

El diálogo nos permitió comentar entre otras cosas asuntos propios del ego, recordando que nuestra comunidad no es precisamente el cielo, sino un albergue que denominamos muulasterio y que acoge a todos aquellos y aquellas que debemos de ejercitar la paciencia, la aceptación y el respeto mutuo.

Durante la conversación, compartí con ellos la visión de los campos de Agguniom. La sorpresa fue mayúscula cuando el hermano *Donde Quieras La Pm* —científico, seleccionador de semillas y descendiente de la raza mapuche— nos explicó que en la Araucanía aplican una filosofía de cultivo muy similar a la de Agguniom, en la medida de sus posibilidades tecnológicas, claro.

Al segar, cortan la planta a la mitad y dejan el resto para nutrir la tierra y, para mi asombro, confirmó que en sus campos siembran semillas moradas importadas de Europa: el trigo sarraceno, un alimento sagrado y vital, libre de gluten y lleno de nutrientes.

Aquel color lila que contemplé en mi proyección no era una fantasía lejana, sino un reflejo vivo y palpable en las tierras de Maquehue.

(Imágenes cedidas por Donde Quieras La PM. Araucanía-Chile)

37. El espejo no engaña

Todo tiene su momento: la fruta madura en el árbol hasta que, en el instante preciso, se recoge y nos nutre. Alcanzar objetivos —especialmente de corte espiritual— exige el mismo equilibrio: paz, presencia e integración absoluta con el entorno. Esa unión genera plenitud y, a menudo, percepciones extrasensoriales.

Mi camino se ha forjado con esfuerzo, servicio y entrega. Al dar, correspondo a lo que el universo me otorga. A través de la pintura, las premoniciones, la canalización y las vivencias en el grupo Tseyor, mi mente pasó de ser un recipiente vacío a un espacio con alimento espiritual para repartir, cual árbol para ofrecer el fruto a los demás.

Hoy puedo acceder al estado de «no mente» en cualquier lugar: en la playa, en el autobús o en el metro. Apagar el murmullo de la mente —que constantemente busca placeres o recuerdos— no es sencillo, pero la práctica abre la puerta a nuestro interior.



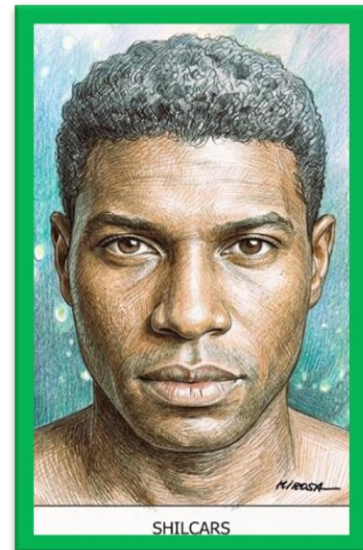
La canalización me ha facilitado este proceso. Al recibir comunicados de los Hermanos Mayores, la mente debe quedar en blanco para sintonizar su frecuencia. Sin procesamiento consciente, las palabras fluyen. Y desde hace pocas semanas, curiosamente las canalizaciones que recibo duran 15 minutos y no superan los 16, demostrando la existencia de una sincronía superior que es capaz de sincronizar sus tiempos en el mensaje. He de indicar que al acallar el pensamiento, la percepción se expande y es habitual atisbar figuras u ojos que nos observan desde dimensiones paralelas. Sintonizamos con ellas cuando elevamos nuestra frecuencia vibratoria.

Muestra de ello es la fotografía adjunta, tomada durante las convivencias en Granada, ciudad que alberga un importante enclave interdimensional. Mientras caminaba, me detuve junto a la figura de un gorila para tomarme una foto.

En ese instante vi el rostro de nuestro tutor Shilcars que me observaba atentamente y se desvaneció en un segundo.

Mas tarde, al revisar la imagen descubrí que en el cristal de mis gafas de sol habían quedado reflejados sus mismos ojos.

No estamos solos. Nos acompañan seres avanzados que aguardan nuestro salto de consciencia para darnos la bienvenida a sus sociedades armónicas.



38. 1984 – 2026

En la época de Melinus, en 1984 —año emblemático que evoca la célebre obra de George Orwell—, se planteaba la visión de una sociedad cada vez más robotizada e hipnotizada, donde el ser humano perdería gran parte de sus libertades.

De 1984 a 2026 han transcurrido 42 años. En la cábala, el 42 se reduce a 6. Dentro de nuestro mantra de protección, el paso 6 es el OKSAH: el báculo para tutelar a nuestras réplicas y avanzar hacia el paso 7, alcanzando la realidad de los mundos para vivir en plenitud en las sociedades armónicas tras el paso del rayo sincronizador.

Aquel mismo año, por indicación de Melinus, viajamos a la isla de La Palma. El trayecto fue agotador; en esa época, volar exigía múltiples conexiones hasta Gran Canaria para luego tomar un avión pequeño. Al llegar a la habitación del hotel, cansado por el viaje, me recosté en la cama.

En ese instante, apareció en mi mente una especie de pantalla con imágenes de un realismo impresionante, superior a cualquier producción televisiva.

El mensaje corroboraba lo que Melinus nos había anticipado sobre un trabajo preparatorio. La voz en *off* que narraba la escena era inconfundible: idéntica a la de Antonio, un buen amigo desde la infancia. La transmisión

advertía que debíamos estar atentos cuando comenzaran a manifestarse en el planeta, de forma asidua y repetida, los siguientes fenómenos:



1. Fuertes terremotos en todo el mundo.
 2. Deshielo de grandes zonas polares.
 3. Desbordamiento masivo de ríos.
 4. Altos índices de contaminación urbana.
 5. Oleadas de incendios.
 6. Alteraciones y malformaciones genéticas en los seres vivos.
- Asimismo, se mostraba de forma simbólica una inmensa espada en el cielo con los siguientes elementos:
- 7.1. La espada portando la llama del espíritu, como el Ave Fénix que renace de sus cenizas.
 - 7.2. La espada simbolizando un mundo renovado como refugio.
 - 7.3. La espada como símbolo del alimento espiritual y de las SAR (Semillas de Alto Rendimiento).

Hoy en día, al observar los sismos, la escasez de agua y los incendios que asolan el planeta, esas imágenes cobran un significado de urgencia.

Bosques enteros se consumen y grandes cauces como el Danubio y el Rin han registrado mínimos históricos. Con la disminución de la nieve en las montañas y el desabastecimiento de agua dulce, la sombra del hambre y la sed se vislumbra en el horizonte.

La conjunción de todos estos eventos nos señala que ha llegado el momento de ponernos en marcha.

Para alguien ajeno a nuestra filosofía, todo esto que decimos puede sonar abstracto, pero nosotros, como divulgadores tseyorianos, comprendemos que debemos asumir la realidad de estas circunstancias tan delicadas y con total seriedad. Ahora es el momento de trabajar codo con codo en lo que sabemos y podemos hacer. Para ello no se requiere fortuna, reconocimiento ni privilegios; solo hace falta la voluntad individual de activarse y unirse a los afines.

Estamos ante el principio del fin. Si nuestro anhelo de cambio es sincero y trasciende las palabras vacías, la mente —en profunda conexión con el universo— propiciará esa transformación. Así lo auguran los tres incisos del número siete recibidos en La Palma: el alimento espiritual como colofón para el mundo.

Concluido este trabajo de recopilación, Aumnor nos obsequia y asombra con la exquisitez de estas dos nuevas psicografías para que las estudiemos.



Creatividad y Técnica



Un mundo de máscaras



Hay bastantes más historias que contar y otro día tal vez me atreva a hacerlo, si se me permite. Gracias.

¡ABRAZOS!

Puente

TABLA EVALUATORIA, MANTRA DE PROTECCIÓN Y CORRESPONDENCIA MAYA CON LOS 7 PASOS DEL CAMINO ESPIRITUAL

TABLA EVALUATORIA	MANTRA ORACIÓN PARA ENERGETIZAR LOS ALIMENTOS	CORRESPONDENCIA DEL MANTRA DE PROTECCIÓN CON LOS 7 TÉRMINOS MAYA DE LOS PASOS DEL CAMINO ESPIRITUAL		
El valor simbólico de la escala del 1 al 7 para aplicar en los talleres de Noiwanak. Comunicado 631 25 Enero 2014	Sugiero que esta pequeña oración la apliquéis en cualquier momento que creáis oportuno y bendigáis vuestros alimentos con las palmas de las manos extendidas hacia ellos y también cuando, como Muuls Águilas GTI de Tseyor, dispenséis el bautismo a todos aquellos que así lo soliciten. Noiwanak, Comunicado 634 - 30-01-2014	El Taller de Psicología Transpersonal de Noiwanak, con los 7 pasos, marcados por 7 términos de la lengua maya, que los identifican, y que podrían entenderse como:		
1 EL VINO	QUE EL VINO	BEH	SENDERO DE INTROSPECCIÓN	COM. 947
2 EL PAN	Y EL PAN DE ESTA TIERRA	SAYAB	MANANTIAL DE LUZ	COM. 949
3 EL PEZ	NOS LLEVEN A RECONOCER AL CRISTO CÓSMICO EN NUESTRO INTERIOR	TSEEK	PREDICAR, DIVULGAR	COM. 950
4 EL MANTO	Y CON SU PROTECCIÓN	SUUT	DEVOLVER OSCURIDAD	COM. 951
5 LAS SANDALIAS	PODER ALCANZAR EL CAMINO DE LA LIBERTAD	KAT	ARCILLA CREADORA	COM. 952
6 EL BÁCULO	PARA TUTELAR A TODAS LAS RÉPLICAS	OKSAH	INTRODUCIR	COM. 954
7 EL ARCA	HACIA LA REALIDAD DE LOS MUNDOS ¡TSEYOR! ¡TSEYOR! ¡TSEYOR!	ICH	FAZ, ROSTRO TRANSMUTADO	TAP 107



DEPARTAMENTO DE DIVULGACIÓN DE LA UTG



OTROS TÍTULOS DE LA BIBLIOTECA TSEYOR

Conversaciones Interdimensionales Etapa Sili-Nur. (Período hasta 2004)

461 páginas. Edición digital y en papel.

Conversaciones Interdimensionales Tseyor. (Período 2004-2011)

12 tomos de 400 páginas aprox. cada uno. Edición digital y en papel.

Autoobservación

169 páginas. Edición digital y en papel.

Claves para el despertar

312 páginas. Edición digital y en papel.

El Ego

132 páginas. Edición digital y en papel.

El descubrimiento del Hombre por el propio Hombre

250 páginas. Edición digital y en papel.

Curso Holístico de Tseyor. Introducción a la Filosofía de Tseyor

115 páginas. Edición digital y en papel.

Los Guías Estelares 4ª edición

343 páginas. Edición digital y en papel.

Breviario I y Breviario II

338 y 285 páginas respectivamente. Edición digital y en papel.

Los Cuentos de Tseyor

286 páginas. Edición digital y en papel.

Y otros más de 455 títulos aproximadamente que pueden descargarse gratuitamente en nuestra biblioteca digital: tseyor.org

Extracto Conversación interdimensional TAP Núm. 26 de fecha 4/4/2015, Convivencias en Pachuca-México:

Shilcars: Solamente incidir de nuevo en la unidad de pensamiento y en el objetivo común de esta gran familia Tseyor, que ha consolidado un buen número de nombres simbólicos O que, de una forma u otra, forman parte de este gran activo espiritual que nos une y transforma.

Pensaremos tal vez que los miles de hermanos y hermanas que conforman este conglomerado holístico, aunque no estén presentes o por el hecho de no estar presentes, dejan de mantener viva esa relación con todos nosotros, y no es cierto. Cada elemento que a su vez ha recibido el nombre simbólico se une en planos distintos a este, el tridimensional, y colabora en la unificación, y también en la reunificación de pensamientos y acciones.

Con fecha del COM. 1398 (5-7-2026) el Puzzle Holográfico Cuántico consta de 7.341 nombres simbólicos, repartidos en los siguientes países:

Alemania, Andorra, Argentina, Australia, Austria, Belice, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, China, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, España, Francia, Guatemala, Holanda, Honduras, Hungría, Irlanda, Israel, Italia, Japón, Malasia, Marruecos, México, Mozambique, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, Portugal, Puerto Rico, Reino Unido, República Dominicana, Rumania, Suiza, Taiwán, Uruguay, USA, Venezuela...

Tras más de 40 años de investigación interdimensional con el Hombre y la Metafísica, entre otras, nuestra asociación sin ánimo de lucro
TSEYOR CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOCULTURALES
ofrece una extensa biblioteca cuyo contenido se centra exclusivamente en los innumerables mensajes decodificados procedentes de seres humanos vivos pertenecientes a la Confederación de Mundos Habitados de la Galaxia.

Hemos sido testigos presenciales de la evolución y conformación exacta de sus aeronaves, tanto desde el exterior como del interior de las mismas y no tenemos duda de la veracidad de los comunicados que recibimos.

Llama la atención la simplicidad conceptual de los mensajes, que contrasta con su profundidad. En ellos se nos habla básicamente sobre la necesidad de conocernos a nosotros mismos en todas las dimensiones y la necesidad también de un trabajo conjunto, en hermandad.

El mensaje se centra especialmente en la autorrealización, la validez de los pensamientos ancestrales, nociones de salud y alimentación, la relación que establecemos con otros seres hermanos nuestros, etc.

Últimamente se nos habla de prepararnos para el cambio que se avecina y que son ya muchos, incluso el mundo científico, que hablan de él. De ahí este mensaje de amor y hermandad, totalmente necesario para afrontar los desafíos que se nos avecinan.

GRUPO TSEYOR



ONG Mundo Armónico Tseyor
Granada (España)
Asociación núm. 603004
NIF G19530831



TSEYOR Centro de Estudios Socioculturales
Barcelona (España)
Asociación núm. 26478
NIF G62991112



Universidad Tseyor de Granada (UTG)
Granada (España)

El grupo Tseyor tiene miembros en:

Alemania, Andorra, Argentina, Australia, Austria, Belice, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, China, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, España, Francia, Guatemala, Holanda, Honduras, Hungría, Irlanda, Israel, Italia, Japón, Malasia, Marruecos, México, Mozambique, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, Portugal, Puerto Rico, Reino Unido, República Dominicana, Rumania, Suiza, Taiwán, Uruguay, USA, Venezuela...